

**LA RELIGIOSIDAD POPULAR EN EL TIEMPO
DE ADVIENTO Y NAVIDAD**

**ARZOBISPADO DE VALENCIA
DELEGACIÓN EPISCOPAL DE RELIGIOSIDAD POPULAR**

El Adviento y, singularmente, el tiempo de Navidad son una época del año cargada de festividades, celebraciones y ritos de gran calado popular. Al ritmo que marca la liturgia, la piedad popular ha tejido a lo largo de los siglos un complejo y rico entramado en los que la maternidad y la infancia son protagonistas principales. La preparación para el nacimiento del Niño Jesús y la celebración anual de este entrañable acontecimiento determinan necesariamente que el propio recién nacido sea el objeto central de la celebración y, junto a Él, su Madre. El recuerdo de los primeros episodios de la vida terrena de Cristo hasta su presentación en el Templo ha permitido reproducir unos ritos que también afectan a cualquier niño y a todas las madres

En el tiempo de Adviento se celebran, en algunas regiones, diversas procesiones, que son un anuncio por las calles de la ciudad del próximo nacimiento del Salvador (la "clara estrella" en algunos lugares de Italia), o bien representaciones del camino de José y María hacia Belén, y su búsqueda de un lugar acogedor para el nacimiento de Jesús (las "posadas" de la tradición española y latinoamericana).

Durante el tiempo de Adviento, la Liturgia celebra con frecuencia y de modo ejemplar a la Virgen María: recuerda algunas mujeres de la Antigua Alianza, que eran figura y profecía de su misión; exalta la actitud de fe y de humildad con que María de Nazaret se adhirió, total e inmediatamente, al proyecto salvífico de Dios; subraya su presencia en los acontecimientos de gracia que precedieron el nacimiento del Salvador. También la piedad

popular dedica, en el tiempo de Adviento, una atención particular a Santa María; lo atestiguan de manera inequívoca diversos ejercicios de piedad, y sobre todo las novenas de la Inmaculada y de la Navidad.

Sin embargo, la valoración del Adviento "como tiempo particularmente apto para el culto de la Madre del Señor" no quiere decir que este tiempo se deba presentar como un "mes de María".

En los calendarios litúrgicos del Oriente cristiano, el periodo de preparación al misterio de la manifestación (Adviento) de la salvación divina (Teofanía) en los misterios de la Navidad-Epifanía del Hijo Unigénito de Dios Padre, tiene un carácter marcadamente mariano. Se centra la atención sobre la preparación a la venida del Señor en el misterio de la Deípara. Para el Oriente, todos los misterios marianos son misterios cristológicos, esto es, referidos al misterio de nuestra salvación en Cristo. Así, en el rito copto durante este periodo se cantan las Laudes de María en los *Theotokia*; en el Oriente sirio este tiempo es denominado *Subbara*, esto es, Anunciación, para subrayar de esta manera su fisonomía mariana. En el rito bizantino se nos prepara a la Navidad mediante una serie creciente de fiestas y cantos marianos.

La solemnidad de la Inmaculada (8 de Diciembre), profundamente sentida por los fieles, da lugar a muchas manifestaciones de piedad popular, cuya expresión principal es la novena de la Inmaculada. No hay duda de que el contenido de la fiesta de la Concepción purísima y sin mancha de María, en cuanto preparación fontal al nacimiento de Jesús, se armoniza bien con algunos temas principales del Adviento: nos remite a la larga espera mesiánica y recuerda profecías y símbolos del Antiguo Testamento, empleados también en la Liturgia del Adviento.

Donde se celebre la Novena de la Inmaculada se deberían destacar los textos proféticos que partiendo del vaticinio de Génesis 3,15, desembocan en el saludo de Gabriel a la "llena de

gracia" (Lc 1,28) y en el anuncio del nacimiento del Salvador (cfr. Lc 1,31-33).

Por otra parte la Novena de Navidad nació para comunicar a los fieles las riquezas de una Liturgia a la cual no tenían fácil acceso. La novena navideña ha desempeñado una función valiosa y la puede continuar desempeñando. Sin embargo en nuestros días, en los que se ha facilitado la participación del pueblo en las celebraciones litúrgicas, sería deseable que en los días 17 al 23 de Diciembre se solemnizara la celebración de las Vísperas con las "antífonas mayores" y se invitara a participar a los fieles. Esta celebración, antes o después de la cual podrían tener lugar algunos de los elementos especialmente queridos por la piedad popular, sería una excelente "novena de Navidad" plenamente litúrgica y atenta a las exigencias de la piedad popular. En la celebración de las Vísperas se pueden desarrollar algunos elementos, tal como está previsto (p. ej. homilía, uso del incienso, adaptación de las preces).

SAN NICOLAS DE BARI, OBISPO

(6 de diciembre)

Una de las devociones más populares en nuestra diócesis dentro del Adviento es la figura de San Nicolás obispo, el santo obispo de Mira (en la actual Turquía), a finales del siglo III y comienzos del IV. Pastor, lleno de caridad, atento a las necesidades espirituales y materiales de sus fieles; luchó contra la idolatría y las herejías. Murió después de haber participado en el Concilio de Nicea (325).

Es Patrono de Rusia, de Grecia y de Turquía. También es Patrono de los marineros, porque estando unos marineros en medio de una terribilísima tempestad en alta mar, empezaron a decir: "Oh Dios, por las oraciones de nuestro buen Obispo Nicolás, sálvanos". Y en ese momento vieron aparecer sobre el barco a San Nicolás, el cual bendijo al mar, que se calmó, y en seguida desapareció.

El emperador Diocleciano decretó una persecución contra los cristianos y Nicolás fue encarcelado y azotado, pero siguió aprovechando toda ocasión para enseñar la religión a cuantos trataban con él. En oriente lo llaman Nicolás de Mira, por la ciudad donde estuvo de obispo, pero en occidente se le llama Nicolás de Bari, porque cuando los musulmanes invadieron a Turquía, un grupo de católicos sacó de allí en secreto las reliquias del santo y se las llevó a la ciudad de Bari, en Italia. En esa ciudad se obtuvieron tan admirables milagros al rezarle a este gran santo, que su culto llegó a ser sumamente popular en toda Europa.

Su fama se extendió por toda la Iglesia en el momento del traslado de sus restos a la ciudad de Bari en 1087.

Entre los siglos XI y XV fue uno de los santos más venerados por la cristiandad. Desde entonces, siempre nos ha acompañado con su intercesión.

Recordemos que San Nicolás fue un santo obispo que se preocupaba por los pobres, especialmente por los niños, y se hizo famoso por su caridad y ejemplo pastoral. Ahora que Nicolás vive en la Casa del Padre viendo a Dios mismo "cara a cara" (1Cor. 13,12) pidámosle en oración: San Nicolás bendito, ruégale a Dios que nos libre de todo peligro del alma y del cuerpo.

En la oración colecta de la misa se implora al Señor "su misericordia" y se suplica "que por la intercesión de su obispo san Nicolás, nos proteja en todos los peligros para que podamos caminar seguros por la senda de la salvación".

Desde el tardío Medioevo es uno de los santos "auxilia-dores" que da el nombre a varios patronatos no solo de innumerables iglesias, sino también de muchas confraternidades y categorías (de los navegantes a los prisioneros, de las niñas a los escolares, de los juristas a los farmacéuticos). El hecho de repartir sus bienes a los pobres fue imitado por otros santos obispos de la antigüedad: Cipriano, Basilio, Ambrosio, Juan Crisóstomo. Andrés de Creta (660-740) tiene esta oración: "Has reunido preciosísimas virtudes como piedras brillantes en un precioso tesoro; por ello para casi todos los que están bajo el sol te has convertido en un varón preclarísimo por la fama".

La liturgia de las horas, en el oficio, con el sermón de san Agustín, que sirve de comentario al evangelio de san Juan sobre la relación entre amor y ser pastor de los fieles, es síntesis del mensaje del obispo de Mira quien, pese a la secularización y a la explotación comercial de su imagen (solo reconocido actualmente por la barba), sigue siendo el símbolo del santo benévolo y amante de los niños. "El amor de Cristo debe crecer hasta tal grado de ardor espiritual en aquel que apacienta sus ovejas, que supere también el natural temor a la muerte, por tal que no queremos morir aun cuando queremos vivir con Cristo".

La actualidad la memoria de San Nicolás de Bari está enriquecida hoy por un motivo ecuménico, porque la común devoción de Oriente y Occidente ha elegido como sede de varios encuentros ecuménicos a la ciudad de Bari, donde se hospedó en 1089 al

papa Urbano II para un concilio en el que se abordó, entre otras cosas, la unión de la Iglesia latina (romana) con la Iglesia griega (ortodoxa), y se originó, además, una facultad teológica especializada en el estudio de la tradición oriental (Instituto de San Nicolás).

ORACION I

Todopoderoso y Eterno Dios,
cuyo poder y bondad se manifiesta en los santos,
elegidos por Ti, antes de la creación del mundo,
para ser testigos de tu santidad y alabanza de tu gloria.
Te damos gracias por las virtudes
que hiciste resplandecer en tu siervo San Nicolás Obispo,
protector de pobres, de doncellas,
de niños, de perseguidos, de navegantes;
y buscador ferviente de la unidad de la Iglesia.
Al venerarlo como protector de nuestras vidas
te pedimos llenos de confianza,
que sigas alimentando nuestro espíritu con fe que él anunció,
con la esperanza que él vivió, y con la caridad que él practicó.
Te pedimos también la gracia particular que ahora te presentamos
(breve silencio).

A ti, Señor, fuente de toda santidad,

la gloria, el honor y el poder por los siglos de los siglos.
Amén.

(Padrenuestro, Avemaria y Gloria)

ORACION II

Alabemos a Cristo, el Señor, que eligió
al obispo a San Nicolás, como miembro activo de la Iglesia
para que ésta, imagen de la Trinidad,
fuera fundada eternamente sobre la fe de los apóstoles.
Tú diste a tu Iglesia un maestro de fe,
dedicado a defender la verdad,
y un pastor bueno incansable en el darse a todos,
da a tu pueblo,
que lo venera como protector, una fe recia,
y un amor abierto y generoso.
Desde aquella morada de luz,
en que gozáis de la presencia divina,
volved, glorioso obispo Nicolás,
vuestros ojos hacia nosotros,
y alcanzadnos del Señor aquellas gracias y auxilios
convenientes a nuestras presentes necesidades,
tanto espirituales como corporales,
y en particular la gracia (*mencionar aquí*),

que sea conducente para nuestra santificación.

Proteged también, Santo Obispo,

a la Iglesia santa,

a nuestro Santo Padre Francisco,

a nuestro arzobispo Antonio y sus obispos auxiliares.

Que los pecadores se conviertan

y vivan el camino de la verdad

Consolad a los afligidos,

socorred a los necesitados,

confortad a los pusilánimes,

defended a los oprimidos,

asistid a los enfermos;

y haced por fin que todos experimentemos

los efectos de vuestro poderoso patrocinio

para poder alcanzar

sin méritos propios, la gracia de Dios nuestro Padre.

(Padrenuestro, Avemaria y Gloria)

ORACIÓN III

Oremos a Dios Padre, de quien procede todo bien, para que, por intercesión de San Nicolás, bendiga a nuestras comunidades parroquiales y llene con sus dones a toda la familia humana: R/
Confirma la fe de tu pueblo, Señor.

Por toda la Iglesia que se prepara con gozo a celebrar las próximas fiestas del nacimiento del Señor, para que este tiempo del Adviento nos lleve a una auténtica conversión del corazón. R/

Por nuestra diócesis de Valencia, nuestro obispo Antonio y sus obispos auxiliares: para que viva con mayor intensidad su misión evangelizadora y manifiesten a todos los cristianos el amor incondicional de Dios. . R/

Por todos los que viven en nuestras parroquias: para que Dios conceda el don de la fe a los incrédulos, la salud a los enfermos, el perdón a los pecadores, la fidelidad a los consagrados y la unidad en el amor a las familias. . R/

Por todos los sacerdotes, los catequistas, los ministros extraordinarios y todos los colaboradores en el culto y en la caridad: para que Dios bendiga el servicio que realizan en favor de sus hermanos. . R/

Por quienes tienen a San Nicolás por protector y patrono, en especial los niños, los navegantes, los perseguidos y los pobres. . R/

Por todos los que participamos de nuestra adhesión a San Nicolás: para que su intercesión aumente en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. . R/

Padrenuestro

ORACION:

Imploramos, Señor, tu misericordia,
y te suplicamos, que,
por intercesión de tu obispo San Nicolás,
nos protejas en todos los peligros de alma y cuerpo,
para que podamos caminar seguros
por la senda de la salvación. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

NOVENA A LA INMACULADA

Lo más adecuado es respetar el sentido y el desarrollo de cada celebración sin mezclar la liturgia con los ejercicios de piedad ni sus contenidos (Cf. Juan Pablo II: *Vigésimo quinto aniversario* (1989) n. 18). Por tanto la novena no se hará dentro del rezo de las Vísperas, sino antes, o a continuación de ellas, aunque sea sustituyendo algún otro ejercicio piadoso, como, por ejemplo, el rosario.

Día primero

MARIA OYENTE DE LA PALABRA

María es la virgen oyente, que acoge en su corazón la Palabra de Dios. Escuchar y acoger la Palabra es la premisa y el camino para la maternidad divina. Como dicen los Padres de la Iglesia: “María, llena de fe, concibió a Cristo antes en la mente que en el vientre”.

Oración:

Abre, Señor, nuestro corazón y nuestra mente para que, escuchando tu Palabra, la acojamos con la docilidad con que la

recibió la Virgen María en su corazón. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Lc 11, 27-28: "Estaba él diciendo estas cosas cuando alzó la voz una mujer de entre la gente y dijo: "¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!" Pero él dijo: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.»

María es una mujer que reflexiona y trata de comprender los acontecimientos de la historia para darse cuenta de lo que el Señor quiere. No permanece pasiva; su actitud de docilidad la convierte en colaboradora activa de la Encarnación del Hijo de Dios.

La Iglesia escucha, acoge, venera la Palabra de Dios, y a su luz escruta los signos de los tiempos, interpreta y vive los acontecimientos de la historia. Así a lo largo de los siglos ha realizado un trabajo de profundización y penetración de la Palabra

Lo que María ha realizado y lo que la Iglesia lleva a cabo debe ser actualizado por cada cristiano: acoger la Palabra, tratar de hacerla sustancia de la propia vida y comprenderla cada vez más.

Como María, que medita la palabra de Dios y la confronta con los acontecimientos, así el cristiano debe hacer una lectura "sapiencial" de la propia vida y de la historia humana, implorando al Espíritu el don profético de interpretar la voluntad del Padre y colaborar en su proyecto de salvación de los hombres.

La Iglesia nos exhorta a cumplir nuestro servicio profético y nos pide cultivar en profundidad la experiencia de Dios; discernir, a la luz del Espíritu, los desafíos de nuestro tiempo y traducirlos con valentía y audacia a opciones y proyectos coherentes tanto con el carisma original como con las exigencias de la situación histórica concreta. Necesitamos, pues, una sólida espiritualidad de la acción, viendo a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios

Preces

Roguemos a Dios nuestro Padre, que quiso que su Palabra se hiciera carne en el seno de María y digámosle como ella: *Hágase en mí según tu palabra.*

Te pedimos, Señor, que tu Iglesia anuncie la Buena Nueva de la salvación a todos los hombres. R/

Da a los ministros de tu Palabra el coraje de encarnarla en sus vidas. R/

Que tu Palabra, Señor, ilumine y guíe nuestros pasos por el camino de la paz. R/

Danos la capacidad de escuchar a nuestros hermanos y abrirnos a sus necesidades. R/

Haznos atentos a los signos de los tiempos para descubrir en ellos tu voluntad y valientes para traducirla en opciones y proyectos de evangelización. R/

Padrenuestro

Oración:

Tu Madre, Señor, profirió la Palabra porque antes la concibió en su corazón, y proclamó un Magníficat profético porque antes creyó: haz que, como ella, acojamos tu palabra con corazón dócil y la hagamos fructificar en plenitud. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Día segundo

MARÍA, DISCÍPULA DEL SEÑOR

María fue la primera discípula de Cristo. Ella acogió el anuncio del ángel, y día a día se mantuvo fiel a la palabra dada. Aceptando la voluntad de Dios, no sólo engendró a su Hijo, sino que vivió unida a Él, se puso en actitud de discípula, lo siguió por los caminos de Palestina hasta el Calvario compartiendo con Él el dolor de la pasión y muerte en cruz.

Oración:

Tú, Señor, no has querido sacrificios ni ofrendas, pero nos has dado un cuerpo. Te decimos, como Jesús, como María Inmaculada: Aquí estamos, oh Dios, venimos para hacer tu voluntad. Acepta nuestro propósito de cumplir tu voluntad dentro de nuestra comunidad y en medio de nuestra historia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Lc 2,33-35: En aquel tiempo, el padre y la madre del niño estaban admirados de las palabras que les decía Simeón. Él los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: “Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma”.

La respuesta al Señor no podemos darla de una vez para siempre. La gozosa adhesión a su llamada va tomando cuerpo día a día. Nada es claro desde el comienzo: sólo la constancia en la fidelidad va realizando el proyecto de amor que el Padre tiene sobre cada uno de nosotros.

María, a invitación del ángel, acepta ser la madre del Mesías Rey, pero no sabe cómo se llevará a cabo o cómo se expresará esta realeza. En la profecía de Simeón, el Mesías aparece como el Siervo del Señor que realizará su misión a través del sacrificio de la cruz. Y María sentirá su alma atravesada por una espada de

dolor en su misión de madre de Jesús, cuando hubo de exiliarse a Egipto, al experimentar la angustia de ver perdido a su Hijo en Jerusalén, y en el seguimiento de su Hijo hasta el Calvario.

En palabras del Concilio, María “avanzó en la peregrinación de la fe y conservó fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG 58). No le fue fácil a María creer: se encontró con un niño en toda su fragilidad, con un hijo incomprendido, perseguido y ajusticiado. Tuvo que hacer un “salto a lo imprevisible” fiándose sólo de la Palabra de Dios.

María ha recorrido el camino propio de toda mujer y de todo hombre. Con el tiempo se fue perfeccionando. Al no tener la posibilidad de abarcar en un momento toda la vida y realizarla de una vez para siempre, la persona tiene que repetir, renovándola una y otra vez, su entrega al Señor a través del tiempo.

La profecía de la vida ordinaria, frecuente entre nosotros, es la que hace posible la gran profecía de los momentos extraordinarios. Se muestra en la oración, como expresión de amistad con Dios, en la búsqueda incesante de su voluntad; en las relaciones en las que prima la ternura, la alegría vital, la compasión, la fe en el otro, el servicio

Preces

Oremos, hermanos, a Dios Padre nuestro, por medio de Cristo y con la intercesión de María Inmaculada, que se mantuvo fiel en el itinerario de su fe. Y pidamos: *Haznos fieles a tu voluntad, Señor, por intercesión de María*

Concede a la Iglesia que en toda circunstancia se mantenga siempre unida a Cristo a ejemplo de la Virgen María. R/

Ayuda a todos los consagrados a cumplir tu voluntad llevando con gozo y esperanza la cruz de cada día. R/

Consuela a los que viven lejos de sus hogares y de su patria y ayúdales en sus trabajos. R/

Fortalece a los enfermos, los encarcelados, los que sufren por causa de su fe o de la justicia. R/

Sostenos en nuestro compromiso de ser fieles a nuestra vocación en las cosas pequeñas para ser dignos de tus promesas. R/

Padrenuestro

Oración:

Bajo el amparo de la Inmaculada Virgen María, concédenos, Señor, la fortaleza de ánimo necesaria para los momentos difíciles y el gozo en el seguimiento de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Día tercero

MARÍA, MODELO EN EL SEGUIMIENTO DE JESÚS

María es para nosotros modelo en el seguimiento de Jesús. En ella encontramos la inspiración de nuestra vida evangelizadora y testifical.

Oración:

Recibe, Señor, las esperanzas y los sufrimientos, los gozos y las fatigas de cada día en el seguimiento de Jesús, y que tu Espíritu nos aliente en la fidelidad a escuchar una vez más tu Palabra de salvación. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Jn 2,1-12: Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: "No tienen vino." Jesús le responde: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora." Dice su madre a los sirvientes: "Haced lo que él os diga." Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: "Llenad las tinajas de agua." Y las llenaron hasta arriba. "Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala." Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: "Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora." Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

En el Antiguo Testamento, Dios había escogido el templo para morar entre los hombres. María inaugura la presencia salvífica entre los hombres, convertidos en templos de Dios. Consagrada por la acción del Espíritu, María Inmaculada responde a la llamada de Dios con su palabra de ofrenda, de obediencia y confianza. Por eso siente el deseo de dedicarse totalmente al Señor, de pertenecer a Él, de servir con plena disponibilidad sus designios de salvación.

María invita a todos a obedecer a Cristo, a seguir con gozo a Jesús en el camino de la castidad por el Reino de los cielos, a consagrarnos a Dios para estar más disponibles a su plan de salvación. Por su pertenencia plena y entrega total a Dios, María es ejemplo sublime de perfecta consagración.

La vida cristiana, engendrada en la Trinidad por el bautismo hace presente en el mundo la forma de vida que el mismo Jesús adoptó y que propuso a sus discípulos y que, la primera entre ellos,

abrazó en la fe la Virgen María. Esta vida bautismal, por tanto, la asumimos a imitación de Jesucristo y a ejemplo de la Virgen María tiene como primer objetivo hacer visibles las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad de las personas llamadas y da un testimonio profético de la primacía de Dios y de los bienes futuros.

De la misma manera que la Concepción Inmaculada de María no la aparta de las necesidades de los hombres, nuestra vida está llamada a amar, amar más cada día y a todos los hombres: Más intensamente y a más personas con un amor puro, fraterno, libre, eterno.

Preces

Invoquemos, hermanos, a Dios nuestro Señor, que nos ha dado en el seguimiento de Jesús, tal como se propone en el Evangelio, la regla suprema de nuestra vida: *Que el ejemplo de tu Madre nos estimule, Señor, en el seguimiento de Jesús*

Para que la Virgen Inmaculada, ejemplo sublime de perfecta consagración, ayude a todos los cristianos a entregarse al servicio de Dios y de los hombres según su propia vocación. R/

Para que todos los creyentes den en su vida la primacía a Dios y no se dejen llevar por los criterios de este mundo. R/

Para que el testimonio de las personas consagradas interpele y sostenga en el camino de la gracia a los que viven alejados de Dios. R/

Para que sean muchos los que reconozcan en la profesión de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia un camino de elección hacia la santidad y lo sigan. R/

Para que la presencia de María Inmaculada entre nosotros anime nuestra consagración bautismal a Dios y para la predicación del Evangelio. R/

Padrenuestro

Oración:

Dios todopoderoso, que nos has dado en María un ejemplo para nuestra vida apostólica y una imagen de nuestra gloria futura, concédenos a los que aún peregrinamos por este mundo la gracia de amarte sobre todas las cosas y dar testimonio de la resurrección. Por Jesucristo Nuestro Señor:

Día cuarto

MARÍA, LA PRIMERA ENTRE LOS POBRES

Dios elige instrumentos humanamente inadecuados para realizar grandes empresas: saca de la nada el universo, de la pobreza la riqueza de su gracia, de la pequeñez cosas grandes. María, la primera entre los pobres del Señor nos descubre este plan de Dios.

Oración:

Tú, Señor, has hecho obras grandes en nuestro favor, y tu nombre es santo. En María reconocemos tu fidelidad a las promesas que hiciste a nuestros padres. Abre nuestros ojos y nuestra mente para reconocer tu intervención en quienes por nuestra pobreza sólo podemos esperar en Ti Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

1Cor 1,26-31: ¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil

del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención, a fin de que, como dice la Escritura: El que se gloríe, gloríese en el Señor.

Dios ha elegido lo pobre y despreciable de este mundo para confundir lo fuerte. ¿Por qué esta elección tan paradójica? Primero para que el hombre abandone su autosuficiencia y reconozca la gratuidad de la salvación. Pero también porque Dios ama a los pobres, a todos aquellos que están desprovistos de todo y sólo pueden confiar en la providencia de Dios. Estos son los que heredarán el reino de los cielos.

María Inmaculada pertenece al mundo de los pobres por su modesta condición económica, como se indica en la oferta que hace en la presentación de su Hijo en el Templo (Lc 2,24), pero sobre todo porque, por su actitud de pobreza, se sitúa a la cabeza de los pobres de Israel que esperan y acogen la salvación (Sof 3,14-18).

Por la profesión de la pobreza, vivimos y prolongamos en la Iglesia la misma pobreza de Cristo, que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros ‘para que abundáramos nosotros de bienes con su escasez’ Al practicarla de modo real y efectivo os configuramos con la caridad redentora de Cristo, por la que se anonadó a sí mismo y asumió la condición pobre y los sufrimientos de los hombres para salvarlos”

Nos cuesta ser pobres y encontrar el camino para serlo. Estamos convencidos de que nuestro ministerio sólo adquiere gran fuerza profética cuando la Palabra que proclamamos está avalada por nuestra pobreza apostólica, una auténtica opción por los pobres, una economía solidaria y nuestro propio trabajo. Repensemos constantemente nuestras economías y estilo de vida

Preces

Roguemos a Dios nuestro Padre que escuche el grito de cuantos ponen en Él su esperanza y les dé lo necesario para poder servirlo con libertad de espíritu; digámosle: *Que busquemos siempre tu Reino y su justicia, Señor.*

Dios que has cumplido tu palabra y has hecho entrar en la tierra prometida al pueblo de Israel. R/

Dios providente que alimentaste a tu pueblo en el desierto. R/

Dios que has querido que tu Hijo se hiciera pobre para enriquecernos. R/

Dios salvador que elegiste a María, primera entre los pobres, para Madre de tu Hijo. R/

Dios misericordioso que has prometido tu reino a los pobres. R/

Padrenuestro.

Oración:

Señor Dios nuestro que, como a la Inmaculada Virgen María, nos permites compartir la pobreza de Jesucristo, ayúdanos para que nuestra vida y nuestra actividad estén informadas por el espíritu de pobreza y para que, compartiendo nuestros bienes con los necesitados, hagamos creíble el evangelio de salvación. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Día quinto

MARÍA INMACULADA, SE ENTREGA TOTALMENTE A LA PERSONA Y A LA OBRA DE SU HIJO

María, “al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo” (LG 56). Movidos por el Espíritu Santo, también nosotros deseamos entregarnos decididamente a Él.

Oración:

Te pedimos, Señor, que, alimentados con su amor, estimulados por su ejemplo, y sostenidos por su plegaria, la Inmaculada Virgen María nos ayude a servir a Cristo en los hermanos y a trabajar sin descanso por el Reino. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Lc 2,41-51: Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo su padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.». El les dijo: “Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

La Virgen no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Dice San Ireneo que “obedeciendo se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano”. Así, de la misma manera que Eva estuvo asociada a la caída de Adán y es “madre de muerte”, María está asociada a Cristo en el momento de la redención, y es “madre de vida”.

María estuvo unida a su Hijo en todos los momentos decisivos de su vida, desde el momento de la encarnación hasta el Calvario, al pie de la cruz, ofreciendo al Padre el sacrificio de su Hijo y su propio sacrificio, como contribución a nuestra salvación. También para Ella resultó difícil comprender las exigencias de la fe: María, de hecho, no entendió lo que su Hijo le quería decir al descubrirlo en el Templo en medio de los doctores, pero lo “conservaba todo en su corazón”.

Por el bautismo nos unimos a Cristo, nos hacemos propiedad suya para no pertenecerle más que a él. Eso significa asumir una actitud de obediencia al Padre, renunciar a conducir la propia vida autónomamente, o según los dictados de la carne. La obediencia de la fe aparece como un sacrificio de la autonomía personal, pero es sobre todo la entrega al amor a Cristo, como un despojamiento de la propia naturaleza.

Como bautizados nos configuramos con Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte. No tenemos otro camino que el de Jesús y María: Unirnos en todo a la voluntad salvífica del Padre, teniendo en cuenta que no hay obediencia sin amor y sin la firme decisión de prolongar su amor apasionado y benevolente al mundo.

Nuestra misión es la de anunciar el misterio íntegro de Cristo, según la vocación especial que hemos recibido, lo cual se realiza a través de la predicación, pero también por medio de signos claros de la propia vida y de compromiso en la transformación del mundo según las bienaventuranzas. Para nosotros implica la sensibilidad ante lo más urgente, oportuno y eficaz, pero también una disponibilidad total y el sentido de catolicidad, es decir, la

apertura abierta a todas las latitudes, a todos los pueblos, a todas las formas de vida.

Preces

Invoquemos a Dios nuestro Padre, que nos ha llamado a configurarnos con su Hijo Jesucristo que se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Digámosle: *Que María, Señor, nos forme a imagen de Jesús.*

Señor, Tú quieres que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad y se salven: Ilumínalos con la luz de la fe. R/

Haz, Señor, que el Papa, los obispos, todos los ministros de la Iglesia anuncien el evangelio con su palabra y con una vida santa. R/

Suscita, Señor, abundantes vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y matrimonial, para que prolonguen en el mundo tu misión de salvación. R/

Concédenos, Señor, crecer en tu amor, que nos impulse a obedecerte pronta y perfectamente y a estar disponibles para el anuncio del evangelio. R/

Devuelve a la Iglesia a los que han perdido la fe o viven como si no la tuvieran. R/

Padrenuestro

Oración:

Señor, que has querido asociar a tu obra de redención a la Inmaculada Virgen María, y nos has concedido también a nosotros el don de seguir a Cristo testificando el Evangelio, con obras y palabras, haz que empleemos todos los medios posibles

para extender por el mundo entero la Buena Nueva del Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Día sexto

LA INMACULADA, MADRE DE CRISTO Y MADRE NUESTRA

“Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo, mientras Él moría en la cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia” (LG 61). Su maternidad perdura sin cesar en la economía de la gracia (cf LG 62) Celebremos con amor de hijos a nuestra Madre y hagamos nuestra su misión: dar a Jesús al mundo.

Oración:

Señor Jesús, tú que al morir nos diste a tu Madre como Madre nuestra para que continuara en nosotros la misión que tuvo contigo, concédenos ser formados por Ella para ser configurados contigo, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Jn 19,25-27: Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

La Virgen María es el criterio verificador de la fe en Cristo. María nos garantiza que Jesús es verdadero hombre y verdadero Dios en virtud de su maternidad virginal. El acto de fe no nos orienta hacia una idea, sino hacia una persona: Cristo. No hacia un Cristo soñado, idealizado, sino al verdadero, al hijo de la Virgen María. Afirmar que María es Madre del Señor es afirmar que Dios se ha hecho uno de nosotros para nuestra salvación.

De Madre de Jesús se convierte en discípula suya para recibir luego de Él una maternidad universal. Cuando la maternidad física parece agotada por la muerte de Cristo, Él dilata el corazón de María para que reciba maternalmente a la humanidad. María recorre un itinerario de Madre de Jesús a discípula que escucha su palabra, y de ahí a Madre de la humanidad.

María está presente en el nacimiento de la Iglesia y, asunta al cielo, sigue ejerciendo un influjo salvífico sobre el Pueblo de Dios. Participa por gracia en la condición de Cristo resucitado; desvinculada de los límites de la materia, puede hacerse presente a los cristianos en los diversos momentos y lugares de la historia, y colabora en la comunicación de la vida divina a los hombres. Es madre para nosotros en el orden de la gracia.

Como Madre, la Inmaculada Virgen María hace posible que Dios Padre por medio de su Espíritu nos configure con Cristo y su misterio. Quien se confía a María, como hijo suyo, espera de su función maternal la configuración con Cristo.

Preces

Pidamos al Señor que su Madre nos ayude con su protección:
R/. *Que seamos fieles hijos de tan maternal Madre.*

Protege, Señor, al Santo Padre Francisco, a nuestros obispos y a todos los pastores de la Iglesia para que sean fieles en su misión de darnos a Jesús. R/

Bendice a nuestros padres y a cuantos nos han iniciado en el camino de la fe y de la vida misionera ayudándonos a conocer y amar a Jesús. R/

Concede el don del amor a los padres de familia para que sepan transmitir el amor de Cristo. R/

Sostén a las viudas, protege a los huérfanos, consuela a los tristes y a cuantos viven solos, aumenta la esperanza de los ancianos y de los moribundos. R/

Haz que experimentemos constantemente la protección de María, Madre tuya y nuestra, y nos configure plenamente contigo. R/

Padrenuestro

Oración:

Te damos gracias, Señor, por habernos dado a tu Madre Inmaculada como Madre nuestra. Haz que la acojamos con todo amor y nos comportemos siempre como dignos hijos de su amor. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Día séptimo

MARÍA INMACULADA, FORMADORA DE EVANGELIZADORES

La Inmaculada Virgen María nos forma en la fragua de su misericordia y de su amor y nos hace instrumentos de su amor maternal para con los hombres en el ejercicio de nuestro servicio como evangelizadores con obras y palabras. Nos confiamos a Ella y nos ponemos en sus manos.

Oración:

Te pedimos humildemente, Señor, que la Inmaculada Virgen María sea para nosotros Madre y Maestra de nuestras vidas, formadora y directora de nuestros trabajos y nosotros correspondamos siempre como dignos hijos suyos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Lc 1,39-45: En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”

La Inmaculada Virgen María, una vez recibido el Espíritu Santo después de la anunciación del ángel, siente la necesidad de ir a los demás, de salir hacia los otros, de comunicar lo que ha recibido. Se dirige con prontitud a llevar la Buena Nueva a los pobres: Con prontitud, sin detenerse porque siente la urgencia de la proclamación del Reino de Dios (cf. Lc 10,4).

Pero junto a esta finalidad de proclamar a Cristo y llevar la salvación, María se siente impelida a ir junto a su prima Isabel porque la sabe necesitada de ayuda y corre a su encuentro. El ejercicio de la caridad, la sensibilidad frente a las necesidades de los demás es visible también en la iniciativa que toma en las bodas de Caná cuando percibe que los novios se encuentran en un apuro al faltar el vino e indica: “Haced lo que Él os diga”.

Quien no comprende que el don de Dios debe ser proclamado a otros y no lo convierte en alabanza y adoración, calla. Sabernos hijos de la Inmaculada Virgen María nos impulsa a proclamar las

maravillas de Dios, las que ha realizado en ella, y las que obra también en nosotros.

Con su acción maternal, la Inmaculada Virgen María forma en nosotros verdaderos y auténticos testigos del Evangelio, tal como Ella engendró a Jesús y lo formó como testigo del Padre. María Inmaculada con su acción maternal nos forma, a través de un proceso interior como ministros de la Palabra, como evangelizadores para extender el Reino por todo el mundo

Somos testigos para prolongar en el mundo y a través del tiempo la función maternal de María en la tarea apostólica, en el anuncio del misterio íntegro de Cristo. Asunta a los cielos no ha dejado esta misión salvadora (maternidad en la economía de la gracia), sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad” (LG 62). Ella es la estrella de la nueva evangelización

Preces

Formados en la fragua de su amor, por la intercesión de la Inmaculada pidamos al Señor por todos los que esperan una palabra de esperanza y salvación. *R/. Haznos, Señor, instrumentos de tu amor.*

Para que nuestra entrega al Señor crezca por la acción materna de la Virgen y se alimente de su ejemplo. *R/*

Para que los sacerdotes y catequistas sepan transmitir e infundir un profundo amor a Cristo y a María. *R/*

Para que desde el inicio de nuestras tareas evangelizadoras inspiren la propia vida y las propias opciones. *R/*

Para que, dejándonos guiar por la Inmaculada Virgen María, sepamos traducir y anunciar en lenguaje humano, comprensible, el misterio de Jesús. R/

Para que nuestra espiritualidad nos ayude a perseverar en nuestra vocación y a ejercer con generosidad nuestro ministerio apostólico. R/

Padrenuestro

Oración:

Bendito seas, Señor, por habernos llamado a ser hijos de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, haz que nos dejemos formar en la fragua de su amor para ser servidores de tu Palabra. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Día octavo

LA VIRGEN MARIA, ES TODA INMACULADA

María es toda ella Inmaculada, desde su Concepción. Dios se fijó en María para ser la Madre de su Único Hijo, Jesús, y así desde el primer instante de su concepción fue librada de todo pecado. En María tenemos un espejo maravilloso para mirarnos. Ella, la toda santa, la toda pura e inmaculada, nos abre siempre sus brazos de Madre y nos ayuda a vencer todo pecado y a ser puros y transparentes, amigos y discípulos fieles de su Hijo.

En ella encontramos acogida, comprensión, y ternura.

Oración:

Enciende en nosotros, Señor, el amor que inflamó el Corazón de María para que te amemos sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como Tú nos has amado. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Lc 2,15-20: Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.” Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

El Espíritu Santo desciende sobre María, y crea en Ella un corazón nuevo, el “corazón nuevo” prometido por los profetas y que impulsa a proclamar la Buena Noticia. Los profetas reprochan continuamente las infidelidades del pueblo de Israel, su dureza de corazón, la ruptura de la alianza establecida con el Señor. Anuncian una alianza nueva, para la cual el Señor quitará a su pueblo “el corazón de piedra” y le dará un “corazón nuevo”, un “espíritu nuevo”.

El Señor pensó para María, la propia felicidad, y la deseó con todas mis fuerzas. Y ésta se cumplió, se realizó en ella según la Palabra de Dios. Lo que importa menos es que entendamos al Señor; lo que importa únicamente que yo nos guiar por el Señor, acogiendo su plan sobre nosotros.

La Inmaculada representa esa certeza ejemplar, esa gracia sucedida, de que en medio de los borrones de tantos días Dios nos muestra en María una página blanca y limpia en la que poder leer una historia sin mancha. Y aunque sean tantas las fechorías de las

que somos capaces, aunque sean evidentes las demasiadas corrupciones económicas y políticas de los aprovechados de la cosa pública, aunque nuestras debilidades nos recuerden lo frágiles que somos y cómo nos acompaña la humana vulnerabilidad, hay alguien que nos señala un camino diverso. Porque aunque todo eso se da en nosotros y entre nosotros, la Inmaculada nos señala la historia que Dios quiso, la historia que en María verdad y belleza se hizo, una historia que nos pertenece porque por ella la nuestra sale de su maleficio y estrena la posibilidad a la que no sabemos renunciar.

La Iglesia en su labor apostólica se fija con razón en aquella que engendró a Cristo... La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estemos animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperamos a la regeneración de los hombres.

Preces

Con la ternura y el amor de María Inmaculada presentemos al Señor nuestras plegarias a favor de la Iglesia y del mundo.

R./Señor, danos un corazón nuevo.

Para que Dios, que en María nos ofrece un modelo de belleza y perfección, conceda a todos sus hijos ser reflejo de la Madre de su Hijo, viviendo en vigilante espera este tiempo de Adviento. R/

Para que Aquél que preservó a María de todo pecado, guíe nuestros pasos, nos defienda de todo peligro de cuerpo y alma y nos haga fieles discípulos de su Hijo Jesús, que rechacen siempre toda forma de pecado. R/

Para que el Espíritu Santo, que descendió sobre María, se derrame sobre todos nosotros, para que hagamos de nuestra vida un cántico de acción de gracias a Dios por todo cuanto nos dispensa.

R/

Para que a todos aquellos que rechazan a Dios, se han olvidado de él o no lo conocen, por medio de María, la Madre de Jesús, se les muestre su rostro bondadoso y paternal. R/

Para Dios conceda a los jóvenes y niños responder como María, con generosidad y sin reservas, a su llamada de predilección. R/

Padrenuestro.

Oración:

Te damos gracias, Padre, por la Concepción de la Virgen María, la llena de tu gracia y favor, la madre inmaculada de Jesús; y al unimos la espera y la esperanza de la venida de Cristo enciende en nuestros corazones, el fuego que ardió incesantemente en su vida para que, animados por sus mismos amores, abrasemos por donde pasemos y todos los hombres te amen y te sirvan por los siglos de los siglos. Amén.

Día noveno

MARIA INMACULADA, MADRE DE LOS SACERDOTES

Cuando Dios decidió hacerse hombre en su Hijo, necesitaba el "sí" libre de la Inmaculada Concepción. Dios no actúa contra nuestra libertad. Y sucede algo realmente extraordinario: Dios se hace dependiente de la libertad, del "sí" de una criatura suya; espera este "sí. El cielo, la tierra y Dios mismo esperaron lo que diría esta criatura.

El "sí" de María es, por consiguiente, la puerta por la que Dios pudo entrar en el mundo, hacerse hombre. La Encarnación, el hacerse hombre del Hijo, desde el inicio estaba orientada al don de sí mismo, a entregarse con mucho amor en la cruz a fin de convertirse en pan para la vida del mundo. De este modo sacrificio, sacerdocio y Encarnación van unidos, y María se encuentra en el centro de este misterio.

Oración:

Concédenos, Señor, que al reconocer a la Inmaculada Virgen María, por su “sí” a la invitación de Dios, como madre de todos los bautizados y especialmente de los sacerdotes, sintamos su presencia materna y el estímulo de su ejemplo e intercesión en nuestra vida de cada día. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Lc 1,46-55: Y dijo María: “Engrandece mi alma al Señor. y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador. Porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia -- como había anunciado a nuestros padres -- en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.”

“Dichosa me dirán todas las generaciones”. Se proclama dichosa a María porque ha sido objeto de la mirada complaciente de Dios que la ha sacado de la insignificancia de la vida y la ha colocado en un estado en que todo el pueblo la reconoce salvada y amada de Dios. Se reconoce que Dios ha hecho en ella grandes cosas. María recibe la alabanza de los cristianos pero los proyecta hacia la fuente de su grandeza, que es Dios Salvador. En eso consiste su misión: en llevar a los hombres a Dios.

La presencia de María en Pentecostés no es una presencia ocasional, sino una presencia muy significativa: explica la

maternidad querida por Jesús, que consiste en la imploración del don del Espíritu Santo y en la cooperación a la regeneración sobrenatural de los hombres.

Acoger a María significa introducirla en el dinamismo de toda la propia existencia —no es algo exterior— y en todo lo que constituye el horizonte de nuestro propio apostolado. Se comprende, por lo tanto, que la peculiar relación de maternidad que existe entre María y los sacerdotes es la fuente primaria, el motivo fundamental de la predilección que alberga por cada uno de ellos. De hecho, son dos las razones de la predilección que María siente por ellos: porque se asemejan más a Jesús, amor supremo de su corazón, y porque también ellos, como ella, están comprometidos en la misión de proclamar, testimoniar y dar a Cristo al mundo. Por su identificación y conformación sacramental a Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, todo sacerdote puede y debe sentirse verdaderamente hijo predilecto de esta altísima y humildísima Madre Inmaculada.

Preces

Acudamos al Señor y pidámosle que, por intercesión de las suplicas que le dirigimos a María Inmaculada, Madre y Reina del colegio apostólico, atienda en nuestras necesidades. *R/. Que la llena de gracia interceda por nosotros.*

Para que nuestro arzobispo Antonio y sus obispos auxiliares, sus presbíteros y diáconos, sean para nosotros fermento de vida cristiana y con su ejemplo y su oración asidua acrecienten la caridad evangélica de nuestro pueblo. R/

Para que por la poderosa intercesión de santa María Virgen, Dios guarde de todo mal a las religiosas y religiosos que sirven al Reino de Dios en nuestra diócesis. R/

Para que todos los que colaboramos en las tareas pastorales y evangelizadoras de la Iglesia tengamos en María a la fuente de nuestra comunión, y vivamos nuestras acciones y carismas testimoniando la fraternidad de la iglesia. R/

Para que quienes se sienten tentados por la soberbia, la ambición o la sensualidad, pongan sus ojos en María y, ayudados por su intercesión, venzan sus tentaciones. R/

Para que todos nosotros, por intercesión de la Virgen fidelísima, perseveremos en el bien hasta la muerte. Roguemos al Señor. R/

Oh, Dios, que quisiste que la Inmaculada Madre de tu Hijo fuese también la Madre de tus apóstoles, concede a nuestros pastores fidelidad a su misión evangelizadora y a todos nosotros concédenos que confiando en la ayuda poderosa de Nuestra Señora, avancemos con fortaleza por los caminos de la salvación. Por Cristo nuestro Señor.

Padrenuestro

Oración:

Oh Dios omnipotente y eterno, tú que has enviado tu Palabra al mundo haciéndola nacer de María, la Virgen; y no cesas de obrar maravillas a favor de tu Iglesia, confírmanos como servidores de esa misma Palabra y concédenos arraigo, vigor y abundante fruto apostólico en nuestros trabajos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

FELICITACIÓN SABATINA A LA INMACULADA VIRGEN MARIA

Esta felicitación sabatina es una práctica piadosa formada por un conjunto de oraciones y cantos que, como su nombre indica, se practicaba los sábados en la catedral, seminario metropolitano y en muchas parroquias valencianas. La presentamos con algunas adaptaciones de lenguaje.

Fue ideada por el sacerdote valenciano Juan García Navarro con motivo del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Fue aprobada por el Papa Pío IX, con el breve “*Nuper perlatum est nobis*”, (2 de agosto de 1863).

Juan García Navarro, nacido en 1820 en Biar (Alicante), fue un hombre de profundas convicciones cristianas y con grandes dotes para la música, como queda patente en las obras melódicas que dejó. Entre otros, dos volúmenes del “Método de canto llano y repertorio de misas, himnos etc.”, y la misma música, muy vibrante y agradable, de la sabatina, y varias colecciones de cantos marianos.

Estudió música en Xàtiva y Madrid, regresando a Valencia para compartir sus inquietudes musicales con un grupo de compositores cercanos al Colegio del Patriarca.

Dos años después de ser ordenado sacerdote en 1852, García Navarro tomó posesión del cargo de organista de los Santos Juanes de Valencia, parroquia en la que en 1859 estableció la Asociación de la Felicitación Sabatina, ante el célebre cuadro de la Inmaculada pintado por Juan de Juanes en el siglo XVI.

En 1863 fue recibido por vez primera por el pontífice Pío IX, el papa que proclamó el dogma de la Inmaculada, exponiéndole el

deseo de propagar la devoción mariana a través de la Felicitación Sabatina. El Pontífice le propuso al sacerdote valenciano establecer la Asociación en Lourdes y la elevó a la categoría de archicofradía. Juan García recorrió entonces diversos países, consiguiendo que la Felicitación Sabatina no sólo se rezara en España, Francia, Italia o Bélgica sino que se difundiese también por Asia, África, América e, incluso, Australia.

El año 1871 ingresó en la Cartuja de Valbonnais, cerca de Aviñón, en Francia, no pudiendo terminar su vida como monje, debido a la supresión de las órdenes religiosas por el gobierno francés. Murió en agosto de 1903 en el Hospital de Pont Saint Esprit a los ochenta y tres años de edad.

Sus restos reposan al pie del altar de la Inmaculada en su población natal.

Ave María Purísima. Sin pecado concebida.

Por la señal.... Señor mío Jesucristo....

Bendita sea la santa e inmaculada concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios.

Padrenuestro, cuatro Avemarías, y un Gloria.

Bendita sea....

Padrenuestro, cuatro Avemarías, y un Gloria.

Bendita sea....

Padrenuestro, cuatro Avemarías, y un Gloria.

Bendita sea...

Padrenuestro, cuatro Avemarías, y un Gloria.

Bendita sea tu pureza

Y eternamente lo sea

Pues todo un Dios se recrea

En tan graciosa belleza.

A ti, celestial princesa

Virgen Sagrada María

Te ofrezco desde este día

alma, vida y corazón.

Mírame con compasión;

no me dejes, Madre mía.

Oración a la Santísima Virgen

(De las revelaciones de Santa Gertrudis):

Ave, blanca azucena de la resplandeciente y siempre pacífica Trinidad. Ave, bellísima rosa de celestial amenidad de quien quiso nacer y de cuya leche quiso alimentarse el Rey de los Cielos; dignaos alimentar nuestras almas con la gracia celestial. Amén.

Felicitación y Súplica

Oh Inmaculada María, os damos mil parabienes uniendo nuestras alabanzas con las de todos los espíritus celestes y de los justos de la tierra, por el gran privilegio de vuestra Concepción Purísima. Damos también gracias a la Santísima Trinidad, por el gozo grande que causó a la Santa Iglesia la solemne declaración dogmática de este admirable Misterio. Y por la suma complacencia que disteis en vuestro primer instante al que tanto se digno enalteceros, os suplicamos aceptéis estos pequeños obsequios, en compensación de los agravios que vuestro divino Hijo y vos recibís cada día de los hombres.

Ponemos confiadamente en vuestras manos las necesidades de la Iglesia y de nuestra sociedad, y os pedimos por el Santo Padre Francisco, por la transmisión de la fe en los pueblos, destrucción

de todos los errores, conversión de los pecadores, reforma de nuestras actitudes y comportamientos. Por el crecimiento de todas las tareas evangelizadoras, en especial el bautismo de los niños, así fieles como infieles, expuestos a morir sin él, y por el aumento y propagación de esta devoción mariana.

Os suplicamos también concedáis a todos, y en particular a los que os tributamos esta cordial felicitación, un grande amor a Jesús y un afecto filial hacia Ti, perfecta pureza de alma y cuerpo y el don precioso de la perseverancia hasta el final de nuestras vidas. Todo lo dejamos en vuestras manos, y del todo nos consagramos a Ti; y os suplicamos, finalmente, que en retorno de esta visita nos visitéis y consoléis igualmente a las benditas almas del Purgatorio, pero en especial a las de aquellas que durante su vida practicaron esta felicitación. Que logremos todos los que aquí nos asociamos para felicitarnos, la dicha de asociarnos también en el cielo, para ensalzar eternamente el gran misterio de vuestra Inmaculada Concepción.

Oración de san Bernardo

Acordaos, oh, piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir, que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de Ti.

Animados de esta confianza, a Ti también acudimos, oh Madre, Virgen de las vírgenes, y aunque gimiendo bajo el peso de nuestros pecados, nos atrevemos a compadecer ante vuestra presencia soberana. No desechéis, oh Madre de Dios, nuestras humildes súplicas, antes bien, inclinad a ellas vuestros oídos y dignaos atenderlas favorablemente. Amén.

Oh María sin pecado Concebida, rogad por todos nosotros que acudimos a Ti

NAVIDAD

Como es bien sabido, además de las representaciones del pesebre de Belén, que existían desde la antigüedad en las iglesias, a partir del siglo XIII se difundió la costumbre de preparar pequeños nacimientos en las habitaciones de la casa, sin duda por influencia del "nacimiento" construido en Greccio por San Francisco de Asís, en el año 1223. La preparación de los mismos (en la cual participan especialmente los niños) se convierte en una ocasión para que los miembros de la familia entren en contacto con el misterio de la Navidad, y para que se recojan en un momento de oración o de lectura de las páginas bíblicas referidas al episodio del nacimiento de Jesús.

La piedad popular, a causa de su comprensión intuitiva del misterio cristiano, puede contribuir eficazmente a salvaguardar algunos de los valores del Adviento, amenazados por la costumbre de convertir la preparación a la Navidad en una "operación comercial", llena de propuestas vacías, procedentes de una sociedad consumista.

La piedad popular percibe que no se puede celebrar el Nacimiento de Señor si no es en un clima de sobriedad y de sencillez alegre, y con una actitud de solidaridad para con los pobres y marginados; la espera del nacimiento del Salvador la hace sensible al valor de la vida y al deber de respetarla y protegerla desde su concepción; intuye también que no se puede celebrar con coherencia el nacimiento del que "salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21) sin un esfuerzo para eliminar de sí el mal del pecado, viviendo en la vigilante espera del que volverá al final de los tiempos.

En el tiempo de Navidad, la Iglesia celebra el misterio de la manifestación del Señor: su humilde nacimiento en Belén, anunciado a los pastores, primicia de Israel que acoge al Salvador;

la manifestación a los Magos, "venidos de Oriente" (Mt 2,1), primicia de los gentiles, que en Jesús recién nacido reconocen y adoran al Cristo Mesías; la teofanía en el río Jordán, donde Jesús fue proclamado por el Padre "hijo predilecto" (Mt 3,17) y comienza públicamente su ministerio mesiánico; el signo realizado en Caná, con el que Jesús "manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él" (Jn 2,11).

Como preparación a la fiesta de Navidad ofrecemos la Novena que nos conducirá al complejo misterio del nacimiento del Señor.

NOVENA DE NAVIDAD

Oración inicial

Señor, que nos has amado tanto y que nos diste en tu Hijo, la mejor prenda de tu amor, para que encarnado y hecho nuestro hermano en las entrañas de la Virgen María, naciese en un pesebre para nuestra salvación y remedio; te damos gracias por tan inmenso regalo.

Te ofrecemos, Señor, el esfuerzo sincero para hacer de este mundo tuyo y nuestro, un mundo más justo, más fiel al gran mandamiento de amarnos como hermanos. Concédenos, Señor, tu ayuda para poderlo realizar.

Te pedimos que esta Navidad, fiesta de paz y alegría, sea para todas nuestras familias y nuestra comunidad cristiana, un estímulo, a fin de que, viviendo como hermanos, busquemos más y más los caminos de la verdad, la justicia, el amor y la paz.
Amén.

Día primero. Diciembre 16

AHORA ES TIEMPO DE GRACIA, ES DÍA DE SALVACIÓN

Al iniciar esta novena que nos prepara a la celebración de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, propongámonos llevar un camino de fe y de conversión. Nuestros encuentros alrededor del pesebre nos permiten contemplar el gran regalo que Dios nos ha dado, al enviarnos a su Hijo para darnos la salvación, para reconciliarnos con Él y con todos los hermanos.

2Co 5, 20 – 6,2: Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él. Y como cooperadores suyos que somos, os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Pues dice él: En el tiempo favorable te escuché y en el día de salvación te ayudé. Mirad ahora el momento favorable; mirad ahora el día de salvación.

La encarnación del Hijo de Dios, marca el inicio de una nueva etapa en la historia de la humanidad, la época del re-encuentro entre Dios y los hombres. San Pablo la llama tiempo de gracia, día de salvación. Los creyentes vivimos en un continuo presente salvífico, por eso cuando nos reunimos a celebrar la novena de navidad, lo hacemos para recordar los hechos históricos, pero sobre todo lo hacemos para sentir que Dios sigue presente en medio de nosotros, que su salvación es “hoy” y como tal hay que acogerla en lo profundo del corazón.

De aquí se desprende que para el ser humano siempre hay una luz, un horizonte abierto, una esperanza y una ilusión: ser salvado, recibir el don de la redención, del rescate. Al celebrar la navidad, nosotros reafirmamos la posibilidad de avanzar en los procesos de dignificación de la persona humana, de reconstruir el tejido social partiendo de su célula básica que es la familia, de vivir en paz.

A todos nos compete el compromiso por la paz, por lo tanto, hemos de trabajar para hacer posible que en todos los ambientes en donde nos movemos se pueda aclimatar la sana convivencia, el perdón, el diálogo sincero y solución pacífica de todos los conflictos. El Señor Jesús vino a traernos la paz, dispongámonos a acogerla, vivirla y proyectarla.

Oremos:

Por todas las personas e instituciones que en nuestro país están trabajando por implantar un ambiente de paz y de justicia social, para que con la ayuda del Señor avancen con decisión y fortaleza en este camino.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,
que no busque ser consolado, sino consolar;
que no busque ser comprendido, sino comprender;
que no busque ser amado, sino amar.
Porque dando, es como recibo;
perdonando es como Tú me perdonas;
y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.
Amén

DÍA SEGUNDO: Diciembre 17

LA PAZ NACE DE UN CORAZÓN NUEVO

En este segundo día de la novena vamos a reflexionar sobre la necesidad de tener un corazón dispuesto para vivir en paz. A veces pensamos que son los demás lo que tienen que cambiar para poder hacer la paz. La palabra de Dios nos dice que es en el interior de cada uno en donde se inicia el verdadero proceso de paz. Si yo cambio, el mundo cambiará.

Efesios 4, 22 – 25: Despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad. Por tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros.

“El “corazón” en el lenguaje bíblico es lo más profundo de la persona humana, en su relación con el bien y el mal, con los otros, con Dios. No se trata tanto de su afectividad, cuanto más bien de su conciencia, de sus convicciones, del sistema de pensamiento en que se inspiran, así como de las pasiones que implican. Mediante el corazón, el hombre se hace sensible a los valores absolutos del bien, a la justicia, a la fraternidad, a la paz” (San Juan Pablo II, *Mensaje para la paz* 1 de enero de 1984). El Señor Jesús nos dice que es desde el interior del hombre de donde provienen todos los malos sentimientos y también las buenas actitudes.

El Papa Pío XI nos ha enseñado que no puede haber “verdadera paz externa entre los hombres y entre los pueblos donde no hay paz interna, o sea donde el espíritu de paz no se ha posesionado de las inteligencias y de los corazones...; las inteligencias, para reconocer y respetar las razones de la justicia; los corazones, para que la caridad se asocie a la justicia y prevalezca sobre ella; ya que si la paz... ha de ser obra y fruto de la justicia..., ésta pertenece más bien a la caridad que a la justicia” (Discurso del 24 Dic. 1930, AAS [1930], p. 535).

Se trata de renunciar a la violencia, a la mentira, al odio; se trata de convertirse en las intenciones, en los sentimientos y en todo el comportamiento en un ser fraterno, que reconoce la dignidad y las necesidades del otro, buscando la colaboración con él para crear un mundo de paz. Nosotros escuchamos el anuncio navideño de paz a los hombres de buena voluntad (cf. Lc 2, 14); tenemos continuamente la paz en los labios y en el corazón como don, saludo y auspicio bíblico, proveniente del espíritu, porque nosotros poseemos la fuente secreta e inagotable de la paz, que es “Cristo nuestra paz” (Ef 2, 14), y si la paz es posible en Cristo y por Cristo, ella es posible entre los hombres y para los hombres.

Oremos:

Por muchas personas que conservan odios y resentimientos en su corazón para que reciban del Señor la fuerza necesaria para

perdonar a quienes los han ofendido y pedir perdón a quienes ellas han ofendido.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

DÍA TERCERO: Diciembre 18

DE LA FAMILIA NACE LA PAZ DE LA FAMILIA HUMANA

La familia como núcleo vital de la sociedad, se convierte en el espacio propicio para dar sentido a los grandes valores humanos. Es allí precisamente en donde se reconoce, se aprende y se expresa el amor. Es la familia, la primera experiencia de la infinita misericordia del Padre y es allí donde tenemos la gran cercanía de su amor.

Efesios 6, 1-4: "Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor; porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, tal es el primer mandamiento que lleva consigo una promesa: Para que seas feliz y se prolongue tu vida sobre la tierra. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor."

La familia es la institución que en este momento está sufriendo la más fuerte influencia del ambiente actual, hasta el punto de sufrir una profunda crisis. Los antivalores, provocados por una sociedad de consumo, la crisis social, y esas inevitables evoluciones socioculturales han ido cambiando fuertemente la esencia de las costumbres familiares, trastocando sus valores y cuestionando su misión fundamental: dar razón del amor.

Pero ante este panorama la familia "comunidad de personas" ha de ser el vehículo privilegiado para la construcción de la paz. La familia será portadora de valores si existe un verdadero amor conyugal, si cumple con su tarea educativa, si da testimonio de vida, si el amor es abierto y participativo. "Las virtudes domésticas, basadas en el respeto profundo de la vida y de la dignidad del ser humano, y concretadas en la comprensión, la paciencia y el perdón recíproco, dan a la comunidad familiar la posibilidad de vivir la primera y fundamental experiencia de paz".

Las relaciones en el seno de la familia entrañan una afinidad de sentimientos, afectos e intereses que provienen sobre todo del mutuo respeto de las personas. La familia es una “comunidad privilegiada” llamada a realizar en su seno los valores fundamentales del Reino. Sin embargo, no está libre de problemas, conflictos y dificultades. El pecado tiene su negativa influencia en los seres humanos y nos conduce a la discusión, a la ofensa, a la envidia, al resentimiento y al odio. En el hogar también se viven estas situaciones y hay que superarlas. El perdón, el reencuentro, la sanación interior frente a las ofensas recibidas hacen de nuestras familias verdaderos remansos de paz y de sana convivencia.

“Vosotros, padres, tenéis la responsabilidad de formar y educar a los hijos para que sean personas de paz: para ello, sed vosotros los primeros constructores de paz. Vosotros, hijos, abiertos hacia el futuro con el ardor de vuestra juventud, llena de proyectos e ilusiones, apreciad el don de la familia, preparaos para la responsabilidad de construirla o promoverla, según las respectivas vocaciones que Dios os conceda. Fomentad el bien y pensamientos de paz. Vosotros, abuelos, que con los demás parientes representáis en la familia unos vínculos insustituibles y preciosos entre las generaciones, aportad generosamente vuestra experiencia y el testimonio para unir el pasado con el futuro en un presente de paz” (San Juan Pablo II, *Mensaje para la paz*, 1 de enero de 1994).

¡Que la familia pueda vivir en paz, de tal manera que de ella brote la paz para toda la familia humana!

Familia, tú tienes una misión: Construir la paz desde el perdón y la reconciliación.

Oremos:

Por las familias que se encuentran en dificultades, desintegradas, desplazadas, en extrema pobreza y por las que están divididas por

el odio y la venganza, para que la Navidad sea la oportunidad de encontrar consuelo y paz.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

Día cuarto: diciembre 19:

TODO HOMBRE ES MI HERMANO

En este cuarto día de la novena que nos prepara para la celebración de la navidad vamos a centrarnos en la tarea que tenemos de construir la paz en nuestro entorno, con los vecinos que están a nuestro alrededor. Con ellos compartimos alegrías, tristezas, triunfos y fracasos, es importante que nos unamos más para hacer más agradable la convivencia en la cuadra, en el sector, en la vereda.

Lc. 6, 27 – 31: Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y lo que queráis que os hagan los hombres, hacédselo vosotros igualmente

El verdadero horizonte de la paz reclama unas relaciones sinceras, equitativas y respetuosas, un reconocimiento de los derechos de cada persona humana y una exigencia de cumplimiento de los deberes para con Dios, con los demás, con la patria y con la naturaleza.

Construir una sociedad en paz, hacer una cultura de la reconciliación exige que en primera medida se recupere la confianza: creer en el que habla y creerle lo que dice. Pero cada ser humano tiene que hacerse creíble, es decir, ratificar con sus hechos todo cuanto dice, que haya coherencia de vida. Sinceridad en las palabras y rectitud en lo que se hace. Desafortunadamente la verdad es la primera sacrificada en momentos de conflicto o en situaciones difíciles. Así se crea el caos, se extiende un manto de duda y de oscuridad sobre la realidad de las personas, de las familias y de la sociedad.

El re-encuentro fraterno con los otros sólo será posible en la medida en que seamos capaces de reconocer la verdad que

encierra cada persona humana, que es su dignidad como hijo de Dios. Nos han enseñado muchas veces que “de la abundancia del corazón hablan los labios”, para indicarnos que la verdad de lo que decimos brota fundamentalmente de nuestro interior, de lo que somos, este es el hombre nuevo de cuya boca no sale palabra desedificante.

En ocasiones se presentan conflictos entre los vecinos, por diversos motivos y razones que no faltan. Lo importante es asumir con serenidad estas distintas situaciones para buscar siempre el diálogo sincero, y si no es posible hacerlo directamente, entonces se debe buscar ayuda, una mediación que permite superar los conflictos.

La vivencia de la comunión entre vecinos requiere de una buena actitud de perdón y comprensión, así como de un gran sentido de solidaridad para ayudarse y darse la mano en toda circunstancia. Los vecinos podemos implantar una cultura de paz en el sector como un aporte a toda la sociedad y especialmente como un momento pedagógico para que las nuevas generaciones aprendan a vivir en paz. El ejemplo nos lo ha dado el buen Dios, quien ha querido encarnarse para estar muy cerca de nosotros y enseñarnos a convivir como verdaderos hermanos

Oremos:

Por todas las personas que sienten odio y rencor por sus vecinos o por otros seres humanos para que sientan el llamado del Señor a reconciliarse y a perdonar. Que esta Navidad sea la oportunidad de limpiar el corazón y reencontrarse alegremente con todos.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;
donde haya duda, fe;
donde haya desesperación, esperanza;
donde haya oscuridad, luz;
donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

Día quinto: Diciembre 20:

**TEMA: CREYENTES UNIDOS EN LA CONSTRUCCIÓN
DE LA PAZ**

Los creyentes por su fe, están llamados —individual y colectivamente— a ser mensajeros y constructores de paz. Trabajar en favor de la paz atañe a toda persona de buena voluntad; sin embargo, este deber es urgente para cuantos profesan la fe en Dios y más aún para los cristianos, que tienen como guía y maestro al “*Príncipe de la paz*” (cf. Is 9, 5). En esta novena reforcemos el compromiso que tenemos de aportar a la

construcción de la paz desde nuestra realidad de comunión eclesial.

Hechos de los Apóstoles 2, 42 – 47: Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.

Trabajar, testimoniar la paz y orar por ella es un deber propio de quien trata de vivir su fe de una manera coherente. La comunidad eclesial vive animada por el espíritu del Señor resucitado, quien nos ha reconciliado con Dios, liberándonos del pecado y derribando el muro que nos separaba, el odio. La Iglesia vive en la paz que le da el Señor, Príncipe de paz. Pero no es un don para sí misma, sino para hacerlo presente en todos los lugares del universo, la misión de llevar la buena noticia de la salvación implica también sembrar la paz, la tranquilidad, la sana convivencia, el respeto mutuo entre los seres humanos.

Si se vive auténticamente la vida de fe se debe dar frutos de paz y fraternidad, pues es propio de este estilo de vida fortalecer cada vez más la unión con Dios y favorecer una relación cada vez más solidaria entre los hombres.

“La paz es un bien fundamental que conlleva el respeto y la promoción de los valores esenciales del hombre: el derecho a la vida en todas las fases de su desarrollo; el derecho a ser debidamente considerados, independientemente de la raza, sexo o

convicciones religiosas; el derecho a los bienes materiales necesarios para la vida; el derecho al trabajo y a la justa distribución de sus frutos para una convivencia ordenada y solidaria. Como hombres, como creyentes y más aún como cristianos, debemos sentirnos comprometidos a vivir estos valores de justicia, que encuentran su coronamiento en el precepto supremo de la caridad: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22, 39)” (San Juan Pablo II, *mensaje para la jornada de la paz*, 1 de enero de 1992).

Un compromiso ineludible para la comunidad eclesial en relación con la paz es la oración intensa y humilde, confiada y perseverante, pues la oración es la fuerza por excelencia para implorarla y obtenerla. Ella infunde ánimo y sostiene a quien ama y quiere promover dicho bien según las propias posibilidades y en los variados ambientes en que vive. La oración, mientras impulsa al encuentro con el Altísimo, dispone también al encuentro con nuestro prójimo, ayudando a establecer con todos, sin discriminación alguna, relaciones de respeto, de comprensión, de estima y de amor.

“Todos hallamos, casi en cada página del Evangelio y de la historia de la Iglesia, un espíritu, el del amor fraterno, que educa poderosamente a la paz. Hallamos en los dones del Espíritu Santo y en los Sacramentos una fuerza alimentada en la fuente divina. Hallamos en Cristo, una esperanza. Los fracasos no lograrán hacer vana la obra de la paz, aun cuando los resultados inmediatos sean frágiles, aun cuando nosotros seamos perseguidos por nuestro testimonio en favor de la paz. Cristo Salvador asocia a su destino a todos aquellos que trabajan con amor por la paz” (San Juan Pablo II, *mensaje para la jornada de la paz*, 1 de enero de 1978). Al celebrar la Navidad proclamemos el reinado de la paz y del amor.

Oremos:

Por todas las personas privadas de la libertad: por el secuestro, la trata de blancas, las sectas satánicas, los grupos armados y por los

internos de las cárceles, para que encuentren en el Señor la fortaleza en sus necesidades y en la comunidad eclesial gestos de solidaridad.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

Día sexto: Diciembre 21:

TEMA: CONSTRUIR LA PAZ DESDE EL TRABAJO

Avanzamos en nuestra preparación para celebrar la fiesta de la natividad del Señor en la cual hemos venido profundizando en el compromiso que la construcción de una cultura de paz exige a cada uno de los actores involucrados. Hoy vamos a reflexionar sobre el papel que cumple el trabajo y las relaciones laborales como ingrediente importante en la construcción de la paz. Participemos con mucha alegría y mucha fe.

2Ts 3, 10b-13: Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma. Porque nos hemos enterado que hay entre vosotros algunos que viven desordenadamente, sin trabajar nada, pero metiéndose en todo. A éstos les mandamos y les exhortamos en el Señor Jesucristo a que trabajen con sosiego para comer su propio pan. Vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien.

“La paz se construye día a día en la búsqueda del orden querido por Dios y sólo puede florecer cuando cada uno reconoce la propia responsabilidad para promoverla” (*Compendio de la Doctrina social de la Iglesia Católica* n.495). El orden querido por Dios comprende el trabajo como la intervención del ser humano en la construcción de una humanidad en la libertad, en la justicia y en el amor.

Desde el punto de vista ético y moral, el trabajo es un derecho y un deber. En el trabajo la persona se encuentra consigo misma, descubre sus habilidades, su capacidad de creatividad,

sus posibilidades de “completar” la obra de la creación. “El trabajo lleva en sí un signo particular del hombre y de la humanidad, el signo de la persona activa en medio de una comunidad de personas; este signo determina su característica interior y constituye en cierto sentido su misma naturaleza” (San Juan Pablo II, Encíclica *Laborem Exercens*, Introducción).

Hombres y mujeres trabajan para procurar su propio sustento y el de sus familias. El trabajo también tiene su función social, en cuanto que las personas se sienten realizadas, serenas y tranquilas en la medida en que experimentan su capacidad de servir, de intervenir en la transformación del mundo.

El trabajo aporta a la construcción de la paz no sólo desde el punto de vista de crear una sociedad con igualdad de oportunidades, sino también desde el punto de vista humano, pues en el mundo del trabajo son importantes las relaciones que allí se viven. Las relaciones laborales han de estar marcadas por el respeto a la dignidad de cada persona y por el trato justo y equitativo.

Jesús que nace en Belén y viene a dignificar al hombre en todas sus situaciones, a liberarlo del yugo del pecado, del egoísmo y del mal, asume el trabajo humano y lo redime con su entrega en la cruz. Al acogerlo en nuestros corazones comprometámonos a asumir con mucha responsabilidad nuestro trabajo, a mantener buenas relaciones con las personas que nos rodean y a trabajar para implantar el reino de la justicia y de la equidad entre todos.

Oremos:

Por todas las personas que están desempleadas y sus familias, por todos los que son explotados en su trabajo y no se les respeta su dignidad de personas, para que en esta navidad sientan la fortaleza que les da el Señor Jesús, el Verbo encarnado.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

Día séptimo: Diciembre 22

TEMA: UN COMPROMISO SIEMPRE ACTUAL: EDUCAR PARA LA PAZ

En el encuentro de este día, detengámonos un momento a pensar en la necesidad que tenemos de educar para la paz. No bastan los buenos sentimientos, ni el deseo fervoroso de la paz, es necesario un aprendizaje que nos permita asimilar el proceso que nos lleva a saber convivir con los demás, respetarlos, tratarlos bien, tener la capacidad de perdonar, aprender a resolver los conflictos de una manera adecuada sin acudir a la violencia. El compromiso es educarnos y educar para la paz.

Mt. 5, 43-48. *Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.*

“Los cristianos sentimos, como característica propia de nuestra religión, el deber de formarnos a nosotros mismos y a los demás para la paz. En efecto, para el cristiano proclamar la paz es anunciar a Cristo que es “nuestra paz” (Ef 2,14) y anunciar su Evangelio que es «el Evangelio de la paz» (Ef 6,15), exhortando a todos a la bienaventuranza de ser «constructores de la paz» (cf. Mt 5,9)” (San Juan Pablo II. *Mensaje para la Jornada de la paz*, 1 de enero de 2004).

El primer escenario donde los seres humanos hemos de educarnos para la paz es naturalmente la familia, “puesto que los padres son los primeros educadores. La familia es la célula originaria de la sociedad. «En la familia es donde los hijos aprenden los valores humanos y cristianos que permiten una convivencia constructiva y pacífica. En la familia es donde se aprende la solidaridad entre las generaciones, el respeto de las reglas, el perdón y la acogida del otro». Ella es la primera escuela donde se recibe educación para la justicia y la paz” (Benedicto XVI, *Mensaje para la jornada de la paz*, 1 de enero 2012)

Además de la familia, primera escuela de humanidad, los niños y los jóvenes, son enviados a las escuelas, colegios y universidades para avanzar en su proceso de crecimiento integral como personas. Todos esos ambientes educativos deben convertirse en un lugar de apertura al otro y a lo trascendente; lugar de diálogo,

de cohesión y de escucha, en el que cada uno se sienta valorado en sus propias potencialidades y riqueza interior, y aprenda a apreciar a los hermanos.

Para ser verdaderamente constructores de la paz, debemos ser educados en la compasión, la solidaridad, la colaboración, la fraternidad; hemos de ser activos dentro de las comunidades y atentos a despertar las conciencias sobre las cuestiones nacionales e internacionales, así como sobre la importancia de buscar modos adecuados de redistribución de la riqueza, de promoción del crecimiento, de la cooperación al desarrollo y de la resolución de los conflictos. “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”, dice Jesús en el Sermón de la Montaña (Mt 5,9).

Estamos en una sociedad acelerada, agresiva y frenética en la que se tiene frecuentemente la tentación de reñir, de entrar en conflicto. Bien ilustrativas son las palabras del papa San Juan Pablo II a los jóvenes: “Recordaos: Es una vanidad nociva el querer aparecer fuertes contra otros hermanos y compañeros mediante las peleas, las palabrotas, los golpes, la ira, la venganza. Responderéis que todos hacen lo mismo. Mal hecho, os decimos; si queréis ser fuertes, sedlo con vuestro ánimo, con vuestro comportamiento; aprended a dominaros; sabed también perdonar y volved de nuevo a ser amigos de aquellos que os han ofendido: así seréis de verdad cristianos. No odiéis a nadie. No seáis orgullosos ante otros jóvenes o personas de distinta condición social, de otros Países. No actuéis por interés egoísta, por despecho, nunca jamás por venganza, repetimos”.

Oremos:

Por los niños y jóvenes del sector, vereda o parroquia, especialmente por los que sufren a causa del abandono de sus padres, de los vicios de la droga, el alcohol y el sexo, para que en esta navidad encuentren la luz de Cristo y sientan su amor y cercanía.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

Día octavo: Diciembre 23

**TEMA: SERVIDORES Y CONSTRUCTORES DE PAZ
DESDE LA POLÍTICA**

Existen unos actores muy importantes en la tarea de la construcción de la paz en nuestro país y en el mundo entero: los políticos, los gobernantes, los constructores de sociedad. En esta novena vamos a reflexionar sobre este compromiso en favor de la paz y también oremos para que el nacimiento de Jesús sea prenda de gracia y bendición para todos los dirigentes nuestro país.

Mc. 10, 41-45. Jesús, llamándoles, les dice: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.»

La tarea de construir un mundo de paz tiene, en el ámbito de la comunidad nacional, unos actores que merecen estímulo y necesitan ayuda. Es necesario que penetre el verdadero espíritu de la paz a nivel de hombres políticos, de dirigentes y gobernantes, de medios y de centros de los que dependen, de una u otra manera, los pasos decisivos hacia la paz o la triste posibilidad de prolongar la guerra o las situaciones de violencia.

Al contemplar la humildad y sencillez del “Príncipe de paz” en la gruta de Belén, asumimos con valentía las palabras del papa San Juan Pablo II: “Hombres políticos, responsables de los pueblos y de las organizaciones internacionales, yo os manifiesto mi estima sincera y doy mi total apoyo a vuestros esfuerzos muchas veces agotadores por mantener o restablecer la paz. Es más, consciente de que va en ello la felicidad e incluso la supervivencia de la humanidad, y persuadido de la gran responsabilidad que me incumbe de hacer eco a la llamada capital de Cristo: «Dichosos los que trabajan por la paz», me atrevo a alentáros a que vayáis más lejos. Abrid nuevas puertas a la paz. Haced todo lo que está en vuestras manos para hacer prevalecer la vía del diálogo sobre

la de la fuerza. Que esto tenga aplicación en primer lugar en el plano interior: ¿cómo pueden los pueblos promover de verdad la paz internacional, si son ellos mismos prisioneros de ideologías según las cuales la justicia y la paz no se obtienen más que reduciendo a la impotencia a aquellos que, ya de antemano, son considerados indignos de ser artífices de la propia suerte o cooperadores válidos del bien común?”.

En estos momentos en que se desarrollan los diálogos en favor de la paz de nuestra patria nos acogemos al amor misericordioso de Jesús, el niño de Belén, para pedirle que entre quienes están negociando haya capacidad de respeto, de verdad, de benevolencia y de fraternidad. Necesitamos gestos de paz, creativos y audaces, que rompan con el peso de las pasiones heredadas de la historia.

Pero la paz no se consigue sólo en las mesas de diálogo. Ella es el de la paz que se teje con el aporte de todos. Tenemos que desarmar los espíritus y acabar con el tráfico de armas. Es necesario que en nuestro país se creen marcos institucionales apropiados a la solidaridad local regional, nacional y mundial.

Jesús nos enseña que él no ha venido a ser servido sino a servir y que entre nosotros debemos apreciarnos, respetarnos y ayudarnos. El mundo de la política, del gobierno y de la vida pública debe ser impregnado de este espíritu. Trabajemos todos en la construcción de una cultura de paz buscando el bien para todos y creando un ambiente de fraternidad y de solidaridad.

Oremos:

Por todas las personas que en nuestro país están trabajando por la reconciliación y la paz entre los colombianos. Especialmente oremos por los dirigentes, los gobernantes y quienes tienen alguna responsabilidad pública para que el Señor Jesús, encarnado los ilumine en todas sus tareas.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

Día noveno: Diciembre 24

TEMA: ÉL ES NUESTRA PAZ

Terminamos hoy la preparación para la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Al pie del pesebre y contemplando al

Redentor hemos hecho un recorrido por el horizonte de la reconciliación y la paz. Vivamos con mucha alegría esta ansiosa espera del Mesías, quien para nosotros, es el Señor que camina a nuestro lado, que se manifiesta presente en nuestras familias y en nuestra comunidad. Como María y José, como los humildes pastores de Belén postrémonos de rodillas ante el Príncipe de la paz y comprometámonos con El a ser obreros del reino de la justicia, del amor y de la paz.

Ef. 2, 13 – 16: Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad.

Esta noche escucharemos una vez más el tradicional canto del “Gloria”, que contiene el anuncio gozoso de los ángeles en la noche de Belén: “*Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor*”. Los seres humanos y en especial, nosotros que sufrimos los rigores de una guerra absurda y que parece no tener fin, sentimos la gran necesidad de la paz, la anhelamos, la buscamos de todas formas.

Al celebrar la fiesta de la Natividad del Señor, renace una vez más la luz de la esperanza, se fortalece el espíritu para continuar con renovado esfuerzo la búsqueda de un mundo más justo, más humano, lleno de paz y de sana convivencia. Fijemos nuestra mirada en la persona de Jesús, el Hijo de Dios, nacido en Belén, en el seno humilde del hogar formado por María y José. Él es nuestra paz.

Ha venido con el poder de lo alto para sanar los corazones afligidos, para reconciliar al hombre consigo mismo, con la naturaleza, con los demás seres humanos y con el Padre celestial. Ha derrumbado el muro que nos separaba. Es un hecho, ya no somos extraños los unos con los otros, Jesús ha hecho posible que los humanos nos encontremos, los enemigos se abracen y volvamos alegres la mirada y el corazón hacia los demás para acogernos fraternalmente como hijos del único Padre.

“La paz os dejo, mi paz os doy. Pero no os la doy como la da el mundo”. Es necesario establecer bien esta diferencia, pues hemos gastado muchas energías e intentos para conseguir la paz, la Navidad nos enseña a buscarla donde se encuentra la verdadera fuente. Al celebrar hoy la Encarnación del Hijo de Dios, nuestro Salvador Jesús, tengamos en cuenta que su presencia debe originar una nueva manera de vivir, un nuevo modo de hacer familia y construir la comunidad humana. El ha derribado el odio y ha abierto la senda del amor, del perdón, de la comprensión, de la reconciliación sincera que acoge y abraza con amor a todos los seres humanos.

Como San Francisco de Asís pidamos a Jesucristo, el Dios hecho hombre, que nos haga instrumentos de su paz, para que su reino de amor, justicia, solidaridad y perdón se realice en cada uno de nuestros corazones, de nuestras familias y de nuestra sociedad. Que éste sea el verdadero compromiso de aportar para el proceso de paz que se lleva en nuestro país. Confiamos en la acción del Espíritu “que mueve los corazones para que los enemigos vuelvan a la amistad, los adversarios se den la mano y los pueblos busquen la unión. Con tu acción eficaz consigues que las luchas se apacigüen y crezca el deseo de la paz; que el perdón venza al odio y la indulgencia a la venganza” (*Plegaria eucarística sobre la reconciliación II*).

Oremos:

Por todas las personas que sufren a causa de la violencia, por los que sufren las consecuencias de la injusticia, del odio y de la

venganza para que la celebración del nacimiento de Jesús les traiga serenidad y paz.

Oración por la paz

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Que donde quiera que haya odio, siembre yo amor;

donde haya injuria, perdón;

donde haya duda, fe;

donde haya desesperación, esperanza;

donde haya oscuridad, luz;

donde haya tristeza, alegría.

¡Oh Divino Maestro!

Concédeme,

que no busque ser consolado, sino consolar;

que no busque ser comprendido, sino comprender;

que no busque ser amado, sino amar.

Porque dando, es como recibo;

perdonando es como Tú me perdonas;

y muriendo en Ti, nazco para la vida eterna.

Amén

ESPIRITUALIDAD DE LA NAVIDAD

Durante el tiempo navideño, además de estas celebraciones, que muestran su sentido esencial, tienen lugar otras que están íntimamente relacionadas con el misterio de la manifestación del Señor: el martirio de los Santos Inocentes (28 de Diciembre), cuya sangre fue derramada a causa del odio a Jesús y del rechazo de su reino por parte de Herodes; la memoria del Nombre de Jesús, el 3 de Enero; la fiesta de la Sagrada Familia (domingo dentro de la octava), en la que se celebra el santo núcleo familiar en el que "Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y antes los hombres" (Lc 2, 52); la solemnidad del 1 de Enero, memoria importante de la maternidad divina, virginal y salvífica de María; y, aunque fuera ya de los límites del tiempo navideño, la fiesta de la Presentación del Señor (2 de Febrero), celebración

del encuentro del Mesías con su pueblo, representado en Simeón y Ana, y ocasión de la profecía mesiánica de Simeón.

Gran parte del rico y complejo misterio de la manifestación del Señor encuentra amplio eco y expresiones propias en la piedad popular. Esta muestra una atención particular a los acontecimientos de la infancia del Salvador, en los que se ha manifestado su amor por nosotros. La piedad popular capta de un modo intuitivo: el valor de la "espiritualidad del don", propia de la Navidad: "un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado" (Is 9,5), don que es expresión del amor infinito de Dios que "tanto amó al mundo que nos ha dado a su Hijo único" (Jn 3,16); el mensaje de solidaridad que conlleva el acontecimiento de Navidad: solidaridad con el hombre pecador, por el cual, en Jesús, Dios se ha hecho hombre "por nosotros los hombres y por nuestra salvación"; solidaridad con los pobres, porque el Hijo de Dios "siendo rico se ha hecho pobre" para enriquecernos "por medio de su pobreza" (2Cor 8,9); el valor sagrado de la vida y el acontecimiento maravilloso que se realiza en el parto de toda mujer, porque mediante el parto de María, el Verbo de la vida ha venido a los hombres y se ha hecho visible (cfr. 1Jn 1,2); el valor de la alegría y de la paz mesiánicas, aspiraciones profundas de los hombres de todos los tiempos: los Ángeles anuncian a los pastores que ha nacido el Salvador del mundo, el "Príncipe de la paz" (Is 9,5) y expresan el deseo de "paz en la tierra a los hombres que ama Dios" (Lc 2,14); el clima de sencillez, y de pobreza, de humildad y de confianza en Dios, que envuelve los acontecimientos del nacimiento del niño Jesús.

La piedad popular, precisamente porque intuye los valores que se esconden en el misterio de la Navidad, está llamada a cooperar para salvaguardar la memoria de la manifestación del Señor, de modo que la fuerte tradición religiosa vinculada a la Navidad no se convierta en terreno abonado para el consumismo ni para la infiltración del neo paganismo.

En el tiempo que discurre entre las primeras Vísperas de Navidad y la celebración eucarística de media noche, junto con la tradición de los villancicos, que son instrumentos muy poderosos para

transmitir el mensaje de alegría y paz de Navidad, la piedad popular propone algunas de sus expresiones de oración, distintas según los países, que es oportuno valorar y, si es preciso, armonizar con las celebraciones de la Liturgia. Se pueden presentar, por ejemplo: los "nacimientos vivientes", la inauguración del nacimiento doméstico, que puede dar lugar a una ocasión de oración de toda la familia: oración que incluya la lectura de la narración del nacimiento de Jesús según San Lucas, en la cual resuenen los cantos típicos de la Navidad y se eleven las súplicas y las alabanzas, sobre todo las de los niños, protagonistas de este encuentro familiar; la inauguración del árbol de Navidad.

También se presta a un acto de oración familiar semejante al anterior. Independientemente de su origen histórico, el árbol de Navidad es hoy un signo fuertemente evocador, bastante extendido en los ambientes cristianos; evoca tanto el árbol de la vida, plantado en el jardín del Edén (cfr. Gn 2,9), como el árbol de la cruz, y adquiere así un significado cristológico: Cristo es el verdadero árbol de la vida, nacido de nuestro linaje, de la tierra virgen Santa María, árbol siempre verde, fecundo en frutos. El adorno cristiano del árbol, según los evangelizadores de los países nórdicos, consta de manzanas y dulces que cuelgan de sus ramos. Se pueden añadir otros "dones"; sin embargo, entre los regalos colocados bajo el árbol de Navidad no deberían faltar los regalos para los pobres: ellos forman parte de toda familia cristiana; la cena de Navidad. La familia cristiana que todos los días, según la tradición, bendice la mesa y da gracias al Señor por el don de los alimentos, realizará este gesto con mayor intensidad y atención en la cena de Navidad, en la que se manifiestan con toda su fuerza la firmeza y la alegría de los vínculos familiares.

La bendición de las imágenes del Niño Jesús es una antigua tradición romana, según la cual, las familias preparan en sus casas el Belén, que en muchas ocasiones es realmente artístico. Los padres entregan este cuarto domingo de Adviento a los más pequeños la imagen del Niño para que sea bendecida en este domingo por el Santo Padre. Se trata de un momento de alegría y

convivencia familiar particularmente querido por el obispo de Roma.

Así lo reconoció cuando, dirigiéndose a los presentes en la plaza de San Pedro, explicó que “una de las expresiones populares de la espera gozosa de la Navidad es la preparación del portal de Belén en las familias. En las casas cristianas, en estos días, se escoge un rincón adaptado para poner las figuras, dejando un espacio, entre María y José, para el Niño.

BENDICION DE LOS NIÑOS JESÚS

Dios, Padre nuestro,

Tú has amado tanto a los hombres

que nos has mandado a tu Hijo único Jesús,

nacido de la Virgen María,

para salvarnos y guiarnos de nuevo a ti.

Te pedimos que, con tu bendición,
estas imágenes de Jesús,
que está a punto de venir a nosotros,
sean en nuestros hogares
signo de tu presencia y de tu amor.
Padre bueno,
bendícenos también a nosotros,
a nuestros padres,
a nuestras familias y a nuestros amigos.
Abre nuestro corazón,
para que recibamos a Jesús con alegría,
para que hagamos siempre lo que él nos pide
y lo veamos en todos
los que necesitan nuestro amor.
Te lo pedimos en nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que viene para dar al mundo la paz.
Él vive y reina por los siglos de los siglos.
Amén.

BENDICIÓN DE LAS LLAVES DE LA CASA

(EN LA FIESTA DE LA FAMILIA)

La fiesta de la Sagrada Familia, Jesús, María y José (Domingo en la octava de Navidad) ofrece un ámbito celebrativo apropiado para el desarrollo de algunos ritos o momentos de oración, propios de la familia cristiana.

El recuerdo de José, de María y del niño Jesús, que se dirigen a Jerusalén, como toda familia hebrea observante, para realizar los ritos de la Pascua (cfr. Lc 2,41-42), animará a que toda la familia acepte la invitación a participar unida, ese día, en la Eucaristía. Y resultaría muy significativo que la familia se encomendase nuevamente al patrocinio de la Sagrada Familia de Nazaret, la bendición de los hijos, prevista en el Ritual, y donde sea oportuno, la renovación de las promesas matrimoniales asumidas por los esposos, convertidos ya en padres, en el día de su matrimonio, así como las promesas de los desposorios con las que los novios formalizan su proyecto de fundar en el futuro una nueva familia.

Pero más allá del día de la fiesta, a los fieles les agrada recurrir a la Sagrada Familia de Nazaret en muchas circunstancias de la vida: se inscriben con gusto en las Asociaciones de la Sagrada Familia, para configurar su propio núcleo familiar según el modelo de la Familia de Nazaret, y dirigen a la misma jaculatorias frecuentes, mediante las que se encomiendan a su patrocinio y piden la asistencia para el momento de la muerte.

Presentamos una oración para la bendición de las llaves de la casa como signo de todo lo que significa.

Señor y Dios nuestro:

Tu Hijo Jesús ha querido nacer como todos nacemos,
de una mujer y del Espíritu Santo.

De esta forma has bendecido a la familia.

El tiene la llave única en su poder,
la cual cuando Él abre en el cielo,
ninguno puede cerrar en la tierra,
y que cuando Él cierra en el cielo,
ninguno puede entrar en la tierra.

Sin embargo el siempre tiene la puerta abierta,
la cual nadie puede cerrar,
para que podamos entrar y salir y habitar contigo
y ser juntos el hogar del amor y de la paz.

Hoy, en la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret,
queremos que nuestra familia se convierta,
en fuente de caridad divina,
en verdadero santuario de la vida y del amor
para las generaciones porque siempre se renuevan.

Y como un acto de fe,
te presentamos las llaves de las cerraduras de nuestras casas.

Queremos ser hogar de puertas abiertas
como dos brazos extendidos que dan la bienvenida
a todo el que llame en la aldaba.

Bendice las ventanas que dejan entrar la luz del sol
cada mañana, aunque muchas veces entre el polvo del camino
y por la noche se asoman las estrellas que son luces de esperanza.

Bendice nuestras horas de sueño, de paz y de silencio,
para que fortalezcamos juntos nuestro espíritu.

Bendice nuestros dolores y alegrías
porque son el corazón de la familia.

Señor quédate con nosotros en nuestra casa,
para ello, toma las llaves de nuestro hogar
y de nuestro corazón para que puedas entrar, y salir.

Toma las llaves de nuestro hogar y de nuestro tu corazón
para que pueda entrar y salir
en esta doméstica iglesia tu viva Palabra.

Toma las llaves de nuestro hogar y de nuestro corazón
para que se abran y consoliden
las puertas de nuestra unidad familiar.

Toma las llaves de nuestro hogar y de nuestro corazón
para que entrando a nuestra humilde casa
hables seguro con esta familia,
y tus bendiciones gracias nos acompañen.

para ser un hogar contemplativo y orante
e intensamente eucarístico.

Que aprendamos que por las puertas por donde tu entras
se abren con tus llaves. Gracias, Señor. Amén.

FIN Y COMIENZO DEL AÑO CIVIL

De la piedad popular provienen algunos ejercicios de piedad característicos del 31 de Diciembre. Este día se celebra, en la mayor parte de los países de Occidente, el final del año civil. La ocasión invita a los fieles a reflexionar sobre el "misterio del tiempo", que corre veloz e inexorable. Esto suscita en su espíritu un doble sentimiento: arrepentimiento y pesar por las culpas cometidas y por las ocasiones de gracia perdidas durante el año que llega a su fin; agradecimiento por los beneficios recibidos de Dios.

Esta doble actitud ha dado origen, respectivamente, a dos ejercicios de piedad: la exposición prolongada del Santísimo Sacramento, que ofrece una ocasión a las comunidades religiosas y a los fieles, para un tiempo de oración, preferentemente en silencio; al canto del *Te Deum*, como expresión comunitaria de alabanza y agradecimiento por los beneficios obtenidos de Dios en el curso del año que está a punto de terminar.

En algunos lugares, sobre todo en comunidades monásticas y en asociaciones laicales marcadamente eucarísticas, la noche del 31 de Diciembre tiene lugar una vigilia de oración que se suele concluir con la celebración de la Eucaristía. Se debe alentar esta vigilia, y su celebración tiene que estar en armonía con los contenidos litúrgicos de la Octava de la Navidad, vivida no sólo como una reacción justificada ante la despreocupación y disipación con la que la sociedad vive el paso de un año a otro, sino como ofrenda vigilante al Señor, de las primicias del nuevo año.

El 1 de Enero, Octava de la Navidad, la Iglesia celebra la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. La maternidad divina y virginal de María constituye un acontecimiento salvífico singular: para la Virgen fue presupuesto y causa de su gloria

extraordinaria; para nosotros es fuente de gracia y de salvación, porque "por medio de ella hemos recibido al Autor de la vida".

La solemnidad del 1 de Enero, eminentemente mariana, ofrece un espacio particularmente apto para el encuentro entre la piedad litúrgica y la piedad popular: la primera celebra este acontecimiento con las formas que le son propias; la segunda, si está formada de manera adecuada, no dejará de dar vida a expresiones de alabanza y felicitación a la Virgen por el nacimiento de su Hijo divino, y de profundizar en el contenido de tantas formulas de oración, comenzando por la que resulta tan entrañable a los fieles: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores".

En Occidente el 1 de Enero es un día para felicitarse: es el inicio del año civil. Los fieles están envueltos en el clima festivo del comienzo del año y se intercambian, con todos, los deseos de "Feliz año". Sin embargo, deben saber dar a esta costumbre un sentido cristiano, y hacer de ella casi una expresión de piedad. Los fieles saben que "el año nuevo" está bajo el señorío de Cristo y por eso, al intercambiarse las felicitaciones y deseos, lo ponen, implícita o explícitamente, bajo el dominio de Cristo, a quien pertenecen los días y los siglos eternos (cfr. Ap 1,8; 22,13).

Con esta conciencia se relaciona la costumbre, bastante extendida, de cantar el 1 de Enero el himno *Veni, creator Spiritus*, para que el Espíritu del Señor dirija los pensamientos y las acciones de todos y cada uno de los fieles y de las comunidades cristianas durante todo el año.

I

ORACION DE FIN DE AÑO

Señor, Dios, dueño del tiempo y de la eternidad,

tuyo es el hoy y el mañana, el pasado y el futuro.

Al terminar este año queremos darte gracias
por todo aquello que recibimos de ti.

Gracias por la vida y el amor,
por las flores, el aire y el sol,
por la alegría y el dolor,
por cuanto fue posible y por lo que no pudo ser.

Te ofrecemos cuanto hicimos en este año,
el trabajo que pudimos realizar,
las cosas que pasaron por nuestras manos
y lo que con ellas pudimos construir.

Te presentamos a las personas
que a lo largo de estos meses quisimos,
las amistades nuevas y los antiguos que conocimos,
los más cercanos a nosotros y los que estén más lejos,
los que nos dieron su mano y aquellos a los que pudimos ayudar,
con los que compartimos la vida, el trabajo, el dolor y la alegría.

Pero también, Señor, hoy queremos pedirte perdón,
perdón por el tiempo perdido,
por el dinero mal gastado,
por la palabra inútil y el amor desperdiciado.

Perdón por las obras vacías y por el trabajo mal hecho,
y perdón por vivir sin entusiasmo.

También por la oración que poco a poco
se fue aplazando y que hasta ahora vengo a presentarte.

Por todos los olvidos, descuidos y silencios,
nuevamente te pedimos perdón.

A pocos minutos de iniciar un nuevo año,
detenemos nuestra vida ante el nuevo calendario
aún sin estrenar y te presentamos estos días
que sólo tú sabes si llegaremos a vivirlos.

Hoy te pedimos para nosotros y los más cercanos
la paz y la alegría, la fuerza y la prudencia,
la claridad y la sabiduría.

Queremos vivir cada día con optimismo y bondad
llevando a todas partes un corazón lleno de comprensión y paz.

Cierra tú nuestros oídos a toda falsedad
y nuestros labios a palabras mentirosas,
egoístas, mordaces o hirientes.

Abre en cambio nuestro ser a todo lo que es bueno,
que nuestro espíritu se llene sólo de bendiciones
y las derrames a nuestro paso.

Amén.

Para terminar, los participantes se agarran de las manos y rezan un Padre Nuestro, un Ave María y un Gloria. Luego, entre todos, se dan un abrazo diciendo: “La paz sea contigo. ¡Feliz año Nuevo!”

ORACION A SANTA MARIA EN EL AÑO NUEVO

Santa María Madre de Dios:

Son pocas las veces que lo hacemos

Tú sabes que ya no acertamos a rezar,

solo te miramos y te miramos, y tu nos miras:

Y eso nos basta.

Hemos olvidado aquellas oraciones

que nos enseñaron siendo niños

y no hemos aprendido a hablar contigo

de otra manera más viva y concreta

que encadenar palabras

que salen del corazón y la pluma.

Ellas son la expresión de nuestro amor

y la expresión de nuestro cariño de hijos.

Al comenzar el nuevo año

Te pedimos que nos ayudes a creer.

Pero nos resulta todo tan difícil... tan difícil

Y, sin embargo, María, te necesitamos.

A veces nos sentimos muy mal dentro de nosotros.

Van pasando los años y sentimos

el desgaste de la vida.

Por fuera todo parece funcionar bien:

El trabajo, la familia, los amigos....

Cualquiera nos envidiaría.

Pero, Tú lo sabes, no nos sentimos bien.

Ya ha pasado un año más.

Y comenzamos un año nuevo,

que muy pronto se va a desgastar,

y sabemos que todo seguirá igual.

Los mismos problemas,

las mismas preocupaciones,

los mismos trabajos...

Y así ¿hasta cuándo, Madre? ¿Hasta cuándo María?

¡Cuánto deseáramos poder renovar

nuestra vida desde dentro! ¡Desde dentro!

Encontrar en nosotros u

una alegría nueva,

una fuerza diferente para vivir cada día.

¡Cambiar! cambiar,

ser mejores con nosotros mismos y con todos.

Pero la existencia nos dice

que no podemos esperar grandes cambios.

Santa María: Tú nos entregaste el fruto

bendito de tu vientre: Jesús.

Aquella noche en Belén

escuchaste resonar en los cielos

el anuncio angélico de la paz,

primer don al mundo del Verbo hecho carne.

Tú que tuviste en tu brazos al Emmanuel,

inclina benigna tu mirada

sobre la noche oscura de nuestra tierra

todavía embriagada de odio y de violencia.

Comenzamos un año nuevo:

Lo ponemos en tus manos de Madre.

Y en este año que comenzamos

queremos pedirte que nos regales a tu Hijo,

Palabra eterna del Padre, y fruto bendito de tu vientre.

Que esta Palabra esté en nuestros labios,

aunque nos queme como un fuego,

para que sepamos hablar como Jesús,

para que comuniquemos la verdad y la vida,

para que proclamemos la Paz.

Te pedimos, Señora y Madre

la palabra del payaso, para crear alegría;

y la palabra del amigo, para crear amistad.

Te pedimos, Madre de misericordia

que donaste al Salvador al mundo,

la palabra del maestro que enseña,

la palabra de la madre que ama,

la palabra del niño que empieza a hablar

que empieza a nombrar las cosas, que dice papá y mamá.

Te pedimos la palabra del poeta que es bella y profunda...

Te pedimos la palabra del hombre
que sabe guardar silencio
porque su palabra comienza en el corazón.

Te pedimos, esclava del Señor y Reina
no los gritos, sino el silencio;
no la palabrería, sino la palabra;
no la palabra aprendida de memoria,
sino la palabra que expresa y comunica la vida;
no la palabra del mentiroso,
sino la palabra del hombre que es hombre de palabra.

Virgen María: Que en lo escondido de la casa de Nazaret
viviste con amor sencillo y fiel
la dimensión cotidiana de la relación familiar,
entra en cada una de nuestras familias
y derrite el hielo de la indiferencia y del silencio
que vuelven extraños y lejanos a los padres
entre sí y con sus hijos

Te pedimos para nuestras familias,
la palabra cálida,
la palabra cercana y entrañable...,
la palabra humanizada.

Te pedimos la palabra de los hombres.
Te pedimos la palabra de Jesús, tu Hijo.
Tú que velas por cada uno de nosotros
y sabes lo que más necesitamos

recibe nuestros miedos y temores

y transfórmalos en confianza.

Recibe nuestros sufrimientos y dolores

y transfórmalos en crecimiento.

Recibe nuestros desalientos y temores

y transfórmalos en confianzas

Recibe nuestros silencios

y transfórmalos en adoración.

Recibe nuestra soledad

y transfórmala en contemplación.

Recibe nuestras crisis

y transfórmalas en maduración.

Recibe nuestras amarguras

y transfórmalas en paz del alma.

Recibe nuestras lágrimas

y transfórmalas en plegarias.

Recibe nuestras esperas

y transfórmalas en esperanza.

Recibe nuestras frialdades,

y transfórmalas en una presencia cálida

Recibe nuestra ira y transfórmala en intimidad.

Recibe nuestra muerte y transfórmala en resurrección.

Santa María, Madre de Dios:

Danos la fe que tuviste tu para mirarte en todo.

esperanza para no desfallecer en el camino

y amor para amarte cada vez mas
y hacerte amar por los que nos rodean.
Que en este año que comenzamos
que tengamos el corazón alerta, el oído atento,
las manos y la mente activos y que nos hallemos
siempre dispuestos a hacer la voluntad de tu Hijo Jesús.
Han pasado tantas cosas estos años.
Ha cambiado tanto la vida
y hemos envejecido tanto por dentro...
Quisiéramos sentir más vivo y más cercano a tu Hijo.
Estamos demasiado acostumbrados a un estilo de vida.
Tú sabes, María,
que nos dejamos arrastrar por la agitación de cada día.
Tal vez por eso no nos encontramos casi nunca
con esa palabra que es vida y luz para nuestra historia.
Tú estás con nosotros y nosotros andamos perdidos en mil cosas.
María: Graba bien en nuestro corazón
que tú hacia nosotros sólo puedes sentir amor y ternura.
Recuérdanos, desde dentro, que tú nos aceptas
tal como somos
con nuestra mediocridad y nuestro pecado,
y que me amas incluso aunque no cambiemos.
Que a lo largo de este año nuevo
no nos alejemos mucho de ti.
Que sepamos encontrarte

en nuestros sufrimientos y nuestras alegrías.

Entonces tal vez cambiaremos Y será un año nuevo.

Amén.

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

Los misterios del Bautismo del Señor y de su manifestación en las bodas de Caná están estrechamente ligados con el acontecimiento salvífico de la Epifanía.

La fiesta del Bautismo del Señor concluye el Tiempo de navidad. Esta fiesta, revalorizada en nuestros días, no ha dado origen a especiales manifestaciones de la piedad popular. Sin embargo, para que los fieles sean sensibles a lo referente al Bautismo y a la memoria de su nacimiento como hijos de Dios, esta fiesta puede constituir un momento oportuno para iniciativas eficaces, como: el uso del Rito de la aspersion dominical con el agua bendita en todas las misas que se celebran con asistencia del pueblo; centrar la homilía y la catequesis en los temas y símbolos bautismales.

ORACION DE ACCIÓN DE GRACIAS POR NUESTRO BAUTISMO

Señor Jesús: Hoy queremos asumir

toda la potencialidad de nuestro bautismo.

Nuestro bautismo, como el tuyo,
fue un comienzo no un final.

Nuestro bautismo, como el tuyo,
fue una promesa no una realización.

Nuestro bautismo es un regalo porque se da
a los que nada tienen que poner de su parte.

Nuestro bautismo es una gracia
porque se da incluso a los pecadores y entierra el pecado.

Nuestro bautismo es una unción sacerdotal y regia.

Nuestro bautismo es una iluminación
porque irradia la luz divina.

Nuestro bautismo es un vestido
que cubre nuestras vergüenzas.

Nuestro bautismo es un baño que nos purifica.

Nuestro bautismo es un sello que nos guarda
y signo del señorío de Dios Padre sobre nuestras vidas.

Señor Jesús: El día de tu bautismo

dejaste tu casa y te fuiste al río Jordán

para ser bautizado por Juan en un bautismo general.

Fue el primer día de tu vida pública y de tu ministerio.

En tu bautismo, Jesús, descubriste quién eras.

Tuviste la experiencia cumbre, la de sentirse amado por Dios:

Los cielos se abrieron y el Espíritu Santo

descendió sobre ti y se escuchó una voz del cielo que decía:

Eres mi hijo muy amado, el predilecto.

Te imagino, en aquellas aguas, tiritando como una hoja
y preguntándote qué había pasado.

Aquel día, descubriste quién eras,
tu identidad y tu misión.

Aquel día tu vida tenía un nuevo significado,
una nueva dirección, un nuevo norte,
un nuevo centro y una nueva finalidad.

Tu Padre habló y tu oíste su voz.

A partir de aquel día tenías una nueva causa
por la que luchar y un Padre con el que conversar.

En manos de tu Padre tenías que servir al reino del amor.

Tu bautismo en las aguas del Jordán
fue el giro copernicano en tu vida.

Dejaste todo atrás y comenzaste una vida nueva.

Señor Jesús: El día de tu bautismo marcó un antes y un después.

El después fue la pasión por el reino de Dios,

la fuerza del Espíritu,

la identidad plena y nueva de Hijo de Dios,

la vorágine de la predicación,

la irrupción del amor,

la búsqueda de los pecadores y abandonados,

el ser puente entre Dios y los hombres,

unir cielo y tierra.

Tu marcado y lleno del Espíritu descubriste su nuevo ser.

Tú eres el Hijo, el amado, al que mira el Padre con cariño.

Tu Jesús, el amado, el mirado con cariño por el Padre,
descubriste tu nueva dimensión,

no te perteneces, perteneces a Dios y para Dios.

Y lo viviste con tal intensidad que ya nada fue igual.

Te pusiste incondicionalmente al servicio de Dios

hasta el final de tu vida y pudiste decir:

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

El día de tu bautismo comenzaste la nueva creación,

la nueva alianza de Dios con los hombres,

el nuevo bautismo en el Espíritu.

Para ti, Jesús, todo empezó

el día en que te presentaste en el río Jordán,

junto a los pies de Juan el Bautista

quien te bautizó y saliste del agua lleno del Espíritu,

de la fuerza y del poder de Dios,

ungido para predicar la aventura de un nuevo amor

en el que hay salvación para todos.

Señor Jesús: Hubo un día,

siempre hay un día en la vida de cada persona,

en que todo puede y debe cambiar.

Para todos nosotros,

discípulos y compañeros de viaje,

ese día fue el día de nuestro bautismo.

Salimos de las aguas

renovados y sellados por el hechizo del Espíritu.

Pero el sello y la marca del hechizo

quedan poco a poco ocultas e invisibles

bajo el peso de la rutina

y de la normalidad de la vida cotidiana.

La normalidad de nuestra vida es gris,

salpicada de pequeñas anécdotas:

Una borrachera aquí, una aventura allá,

una pelea en la esquina, un hijo en la cárcel,

un marido huido... pero siempre una vida gris.

Hasta que un día dejamos de ser normales...

Es el día en que despertados y quemados por el Espíritu

asumimos nuestro bautismo y cambiamos de rumbo.

Decimos adiós a la normalidad del mundo

y nos convertimos a la anormalidad del evangelio.

Decimos adiós a las pasiones de la carne

y nos convertimos a la pasión por el reino de Dios.

Decimos adiós a la vida loca del hombre viejo

y nos convertimos a la vida del hombre nuevo

en el Espíritu.

Decimos adiós a la esclavitud de los vicios

y nos convertimos a la libertad de los hijos de Dios.

¿Cuándo llegará ese día en nuestra vida?

Dios Padre quiere que sea hoy.

Nosotros, bautizados también como tú,

en las aguas bautismales de nuestra Iglesia
estamos llenos del Espíritu Santo,
estamos llamados a servir a Dios y a nuestros hermanos
y Dios Padre nos da el poder para vivir como hijos suyos,
como hijos del único Padre.

Dios es nuestro enamorado.

¿Seremos capaces de dar nuestro amor
rastreado el amor que Dios nos da?

Dios es nuestro dueño.

¿Y nosotros injertados en su vida por el bautismo
lo reconoceremos como tal?

Estar bautizado es escuchar,
día tras día, una declaración de amor:

Tú eres mi hijo, Yo te quiero.

Señor Jesús: Que también en nosotros se inaugure como en ti
un nuevo tiempo de misión y de trabajo.

Que la presencia del Padre y del Espíritu
y de toda tu persona,

se haga presente en nosotros de tal manera que,
viviendo con alegría nuestra identidad cristiana,

sea semilla de aquella gran sementera que es tu Evangelio.

Amén.

FIESTA DE LA PRESENTACION DEL SEÑOR

Hasta el 1969 la antigua fiesta del 2 de febrero, de origen oriental, recibía en Occidente el título de "Purificación de Santa María Virgen", y concluía, cuarenta días después de Navidad, el ciclo de navidad.

Esta fiesta siempre ha tenido un marcado carácter popular. Los fieles, de hecho: asisten con gusto a la procesión conmemorativa de la entrada de Jesús en el Templo y de su encuentro, ante todo con Dios Padre, en cuya morada entra por primera vez, después con Simeón y Ana. Esta procesión, que en Occidente había sustituido a los cortejos paganos licenciosos y que era de tipo penitencial, posteriormente se caracterizó por la bendición de las candelas, que se llevaban encendidas durante la procesión, en honor de Cristo "luz para alumbrar a las naciones" (Lc 2,32); son sensibles al gesto realizado por la Virgen María, que presenta a su Hijo en el Templo y se somete, según el rito de la Ley de Moisés (cfr. Lv 12,1-8), al rito de la purificación; en la piedad popular el episodio de la purificación se ha visto como una muestra de la humildad de la Virgen, por lo cual, la fiesta del 2 de Febrero es considerada con frecuencia la fiesta de los que realizan los servicios más humildes en la Iglesia.

La piedad popular es sensible al acontecimiento, providencial y misterioso, de la concepción y del nacimiento de una vida nueva. En particular las madres cristianas advierten la relación que existe, a pesar de las notables diferencias – la concepción y el parto de María son hechos únicos – entre la maternidad de la Virgen, la purísima, madre de la Cabeza del Cuerpo Místico, y su maternidad: ellas también son madres según el plan de Dios, pues han generado los futuros miembros del mismo Cuerpo Místico. En esta intuición, y como imitando el rito realizado por María (cfr. Lc 2,22-24), tenía origen el rito de la purificación de la que había dado a luz, algunos de cuyos elementos reflejaban una visión negativa de lo relacionado con el parto

En el actual *Rituale Romanum* está prevista una bendición para la madre, tanto antes del parto como después del parto, esta última

sólo en el caso de que la madre no haya podido participar en el bautismo del hijo.

Sin embargo, es muy oportuno que la madre y sus parientes, al pedir esta bendición, se adapten a las características de la oración de la Iglesia: comunión de fe y de caridad en la oración, para que llegue a su feliz cumplimiento el tiempo de espera (bendición antes del parto) y para dar gracias a Dios por el don recibido (bendición después del parto).

En algunas Iglesias locales se valoran de modo especial algunos elementos del relato evangélico de la fiesta de la Presentación del Señor (Lc 2,22-40), como la obediencia de José y María a la Ley del Señor, la pobreza de los santos esposos, la condición virginal de la Madre de Jesús, lo que ha aconsejado convertir, también, el 2 de Febrero en la fiesta de los que se dedican al servicio del Señor y de los hermanos, en las diversas formas de vida consagrada.

La fiesta del 2 de Febrero conserva un carácter popular. Sin embargo es necesario que responda verdaderamente al sentido auténtico de la fiesta. No resultaría adecuado que la piedad popular, al celebrar la Presentación del Señor, se olvidase el contenido cristológico, que es el fundamental, para quedarse casi exclusivamente en los aspectos mariológicos; el hecho de que deba "ser considerada ...como memoria simultánea del Hijo y de la Madre" no autoriza semejante cambio de la perspectiva; las velas, conservadas en los hogares, deben ser para los fieles un signo de Cristo "luz del mundo" y por lo tanto, un motivo para expresar la fe.

FIESTA DE SAN BLAS, OBISPO

La Iglesia conmemora el día 3 de febrero a un santo muy popular en nuestra religiosidad cual es San Blas, mártir, obispo de Sebaste.

La religiosidad popular centrada en este Obispo se manifiesta en múltiples prácticas piadosas, en nuestras parroquias y pueblos. A esta fiesta se unen los santos del frío enero como san Antón, san Sebastián, santa Inés, san Vicente, y san Valero quienes han dibujado a lo largo y ancho de los días inolvidables muestras de nuestra religiosidad popular

San Blas, es un personaje bastante incierto desde el punto de vista histórico, pero goza de mucha popularidad.

Los cristianos lo veneramos como intercesor ante Dios en los males de la garganta, por un milagro que se le atribuye y que ha perpetuado la conocida bendición contra el mal de la garganta. En efecto, se conoce en su pasión que mientras llevaban al santo al martirio, una mujer se abrió paso entre la muchedumbre y colocó a los pies del santo obispo a su hijo que estaba muriendo sofocado por una espina de pescado que se le había atravesado en la garganta. San Blas puso sus manos sobre la cabeza del niño y permaneció en oración. El santo lo curó haciendo sobre él la señal de la cruz. Esta es la señal salvadora de Dios, en cuyo nombre nos dirigimos a este santo protector.

Un instante después el niño estaba completamente sano. Este episodio lo hizo famoso como taumaturgo en el transcurso de los siglos, y sobre todo para la curación de las enfermedades de la garganta.

I

ORACIÓN

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Oración:

¡Omnipotente y eterno Dios!, cuya bondad y poder se manifiesta en vuestros santos, lleno de confianza, acudimos a Ti para obtener la gracia que necesitamos, a cuyo fin ponemos por intercesor y protector nuestro a San Blas, que está contigo en la feliz eternidad de la gloria, para que, lo que no somos dignos de alcanzar a causa de nuestros pecados, podamos obtenerlo por sus méritos, ruegos y eficaz intercesión.

(Se pide la gracia particular que se desea)

A Ti, Señor, fuente de toda santidad, la gloria, el honor y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Padre nuestro, que estás en el cielo...

Oración:

Escucha, Señor, las súplicas de tu pueblo, que te invoca apoyado en la protección de tu mártir san Blas: concédenos, por sus méritos, la paz en esta vida y el premio de la vida eterna. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén

II

ORACION

Dios todopoderoso,

Tú creaste la diversidad de las cosas del mundo,

y quisiste que tu mismo Hijo se encarnara

para la Salvación de los hombres.

Tú eres grande e inmenso,

digno de toda alabanza, y haces cosas admirables.

Para confesar su fe en Ti,

el glorioso obispo y mártir San Blas,

no temiendo los tormentos,

consiguió felizmente la palma del martirio.

Entre otras gracias,

le diste esta prerrogativa:

Que por tu poder, curara cualquier mal de la garganta.

Te rogamos humildemente

que no mires nuestras culpas,

y por los ruegos y méritos de San Blas,

bendice + y santifica por tu admirable piedad

estos panes, infundiéndoles tu gracia,

a fin de que todos aquellos

a quienes les comiesen

se vean libres de cualquier mal de garganta,

y alegres y sanos,

Te rindan en la Iglesia acciones de gracias,

alabando tu glorioso Nombre,

que es bendito por los siglos.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Padrenuestro...